

PROYECTOS Y OBRAS DE FORTIFICACIÓN EN LA VALENCIA DE CARLOS V*

Juan Fco. Pardo Molero

Universitat de València

Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo de junto a Dios, y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era como el de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta con doce puertas; y sobre las puertas, doce ángeles y nombres grabados, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al mediodía tres puertas; al occidente tres puertas. La muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero.

Ap 21, 10-14

LA visión de la ciudad santa, de la Jerusalén de los Justos, hechizó al mundo cristiano durante siglos. Heredero de la tradición urbana grecorromana, el occidente medieval, influido por la obra de San Agustín, no conoció un referente urbanístico más elevado, y, por sistema, volvía los ojos a las poéticas alusiones del Libro Sagrado a la hora de reflejar y entender su propia realidad. No obstante, uno de los atributos de las pretendidas encarnaciones de la celeste Jerusalén acabó cayendo por tierra, abatido por el fuego de las bombardas. En los siglos xv y xvi en Europa y en el norte de África el arte de fortificar sufrió una revolución radical. De la defensa vertical, que dominaba al asaltante desde la imponente altura de los muros, se pasó a la defensa horizontal, como medio de esquivar el fuego artillero enemigo y propiciar el uso de los cañones propios. La diabólica invención de la pólvora y las bombardas, modernizó de raíz la arquitectura y la ingeniería militares. Pero el trasfondo mental siguió firmemente anclado en el anhelo de trascendencia. El Renacimiento no sólo reavivó con renovadas fuentes bíblicas y patristicas la postulación de la ciudad de Dios, sino que proporcionó nuevos códigos simbólicos y artísticos para representarla, al tiempo que la adaptaba a las ambiciones mundanas de los príncipes. Así, la fortaleza ce-

* Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de la DGICYT (PB 98-1480), sobre "Elites de poder en la Valencia foral moderna".

lestial se convirtió en imagen de la Cristiandad beligerante contra el Islam. La fortificación “a la moderna” concilió la república urbana, con la autoridad monárquica y la defensa de la fe. El emperador Carlos V, paladín de un imperio cristiano y activo, promovió la renovación de las murallas de sus ciudades y castillos como uno de los pilares de su hegemonía. El reino de Valencia, en vanguardia de la Cruzada, adoptó esa renovación como uno de sus principales programas militares, a lo largo del reinado del César.

La fortificación moderna que caracterizó e impulsó la renovación del arte de la guerra durante el Renacimiento, fruto del uso de la artillería, tanto en el ataque como en la defensa de las plazas fortificadas, se ha asimilado casi por completo al llamado *bastión angular*. Es más, los fuertes estrellados y las murallas urbanas renovadas, con apuntadas esquinas y recios baluartes de elegantes orejones, a la moda italiana, están considerados como una de las claves de todas las transformaciones conocidas como Revolución Militar, con toda su secuela de mutaciones financieras y políticas.¹ Sin embargo, el bastión angular, que no se extendió más allá de Italia hasta después de 1530 y cuyo auténtico triunfo data de la segunda mitad del siglo XVI y aun del siglo XVII, no es más que un elemento de un sistema de fortificación complejo, basado en una transformación integral de las fortificaciones. Antes de la difusión del mencionado bastión, casi todos los otros elementos de ese sistema se aplicaban en la renovación de castillos y murallas urbanas, sin necesidad de acudir a aquél. Otras soluciones para las esquinas suplían esa ausencia, con ventajas económicas y no muy inferiores resultados militares. Este tipo de obras fue ampliamente proyectado en tiempos de Carlos V, y promovido por él mismo y por sus ministros en casi todos los territorios del imperio. Aunque se ha definido como “fortificación de transición”, en realidad constituye todo un estilo de arquitectura militar renacentista, muy difundido en la primera mitad del siglo XVI. Al igual que la arquitectura abaluartada, su adopción obedeció a complejas decisiones políticas, y requirió notables inversiones. Sus efectos administrativos y financieros son, hasta cierto punto, comparables con los que tuvo el polémico bastión angular, y de su efectividad da fe la supervivencia de muchos de ellos hasta la actualidad y su plena funcionalidad durante toda la Edad Moderna. De modo que este tipo de arquitectura, pese a las críticas

¹ La exposición sobre las transformaciones arquitectónicas que se ha convertido en clásica es la ofrecida por G. Parker en *La Revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente. 1500-1800*, Barcelona, 1990, pp. 25-35 y 48-49; las pautas de desarrollo y difusión del bastión fueron clarificadas por J. R. Hale, “The early development of the bastion: an Italian chronology, c. 1450-1534”, en Hale, *Renaissance War Studies*, Hambledon, 1983; el caso práctico convertido en paradigma es el estudiado por S. Pepper y N. Adams, *Firearms and Fortifications. Military Architecture and Siege Warfare in Sixteenth-century Siena*, Chicago, 1986.

de los ingenieros de la segunda mitad del siglo XVI supuso una alternativa razonable y una opción militar llena de sentido.²

La “fortificación a la moderna”, tal y como se la conocía, reposaba en una triple adaptación de las construcciones defensivas—castillos y murallas urbanas—: primero, en la estructura general, segundo, en los muros o cortinas y, tercero, en las torres o elementos de flanqueo. Las fortificaciones rebajaban su altura a fin de ofrecer un blanco menos abultado a las baterías enemigas; asimismo, desde esa menor altura eran más fáciles de dirigir las propias bocas de fuego contra los asediados. Para facilitar ambas cosas, no sólo se hacía imprescindible el foso (o cava, que no falta en casi ninguno de los proyectos de la Valencia carolina), seco y bien guardado por troneras abiertas a cara de tierra, sino que también, de acuerdo con el entorno de la construcción, se podía disponer un glacis, de forma que la fortaleza resultase esquiva a la vista enemiga. En segundo lugar, las rebajadas cortinas eran engrosadas y terraplenadas, convirtiendo los antiguos caminos de ronda en verdaderas plataformas por las que pudiese circular la artillería; las almenas venían reemplazadas por gruesos merlones, entre los que se abrían troneras por donde podían apuntar los cañones. Finalmente, las delgadas y altas torres medievales fueron sustituidas por torreones nivelados a la altura de las cortinas, de amplia y firme base, lo suficientemente recia como para soportar la superposición de casamatas en su interior y el asentamiento de piezas de artillería en la plataforma superior, coronada de merlones; como elementos salientes, los torreones, además de apuntar sobre los alrededores, garantizaban el fuego de flanqueo que cubría las murallas. Precisamente, para crear la menor cantidad posible de espacios muertos, el torreón cedió el paso al bastión angular.³

La mayor parte de estos elementos fueron propuestos en los proyectos de reforma de las fortificaciones valencianas planteados en los años del emperador Carlos V, especialmente desde 1525.⁴ La delicada situación del

² Especialmente cuando la amenaza esperada no era la peor de las amenazas imaginables: *vd.* Parker, *La Revolución militar...*, *op. cit.*, p. 213; desde el punto de vista de la historia del arte, L. Arciniega García defiende la lógica de las fortificaciones llamadas “de lanza y escudo”, “Defensas a la antigua y a la moderna en el reino de Valencia durante el siglo XVI”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie VII, Historia del Arte, 12 (1999).

³ Nos ha resultado especialmente útil para nuestros fines la síntesis de A. Guillem, *La pierre et le vent. Fortification et marine en Occident*, Paris, 2ª, 1994, pp. 105-115, así como R. Luisi, “Du chateau fort à la forteresse. Une brève histoire de l'architecture militaire italienne du XI^e à XVI^e siècle”, en *Médiévales*, XXVI (1994) y L. Santoro, *Castelli angioni e aragonesi nel regno di Napoli*, Milán, 1982, pp. 128-131.

⁴ Hasta entonces, la mayor parte de los trabajos en las fortalezas obedecieron a obras de mantenimiento; algunas de ellas quedan reflejadas en los primeros capítulos de mi libro *La defensa del imperio. Carlos V, Valencia y el Mediterráneo* (en prensa). No obstante, la guerra de las Germanías debió de implicar adaptaciones al fuego artillero, muy usado en el ataque y la defensa; pero tales adaptaciones bien pudieron ser efímeras. Para las fortificaciones medievales remitimos a los trabajos de P. López Elum.

litoral del reino, sobre el que confluían los ataques de los corsarios norteafricanos, la amenaza de la armada otomana y la inestabilidad de la población morisca, forzaron diversos programas defensivos que tuvieron uno de sus elementos centrales en la renovación de las plazas fuertes. Impulsados desde el Gobierno imperial, pero elaborados las más de las veces en el propio reino, por especialistas locales, los proyectos, plasmados en buena parte en campañas de obras, trataron de acondicionar las fortificaciones a las nuevas técnicas militares. Ciertamente, en la mayor parte de los casos no se trató de proponer trazas completamente nuevas, sino de reforzar las ya existentes, reformando los muros o adosando nuevos elementos. Pero se utilizaron casi todos los componentes del arsenal de la fortificación “a la moderna”. Únicamente el bastión angular resultó más esquivo, y apenas fue planteado en una ocasión. Pero no por ello las reformas de las murallas y castillos valencianos dejaron de participar del espíritu renacentista y de suponer verdaderas adaptaciones al nuevo estilo (con un coste considerable para las finanzas del reino), contribuyendo con ello a edificar la fortaleza de la Cristiandad.⁵

MUROS Y TORREONES. LAS PRIMERAS REFORMAS AL NUEVO ESTILO

En el reinado del Emperador, el primer proyecto que conocemos que plantease una renovación de las estructuras arquitectónicas de acuerdo con esas tendencias, se debe al artillero Pedro Alvarado, y contemplaba sendas intervenciones en las fortificaciones de Peñíscola, Cullera y Benidorm. Inicialmente obedece al deseo de las autoridades panisclanas de obtener ayuda de la Corona para reparar sus muros, afectados por los temporales. A tal fin elevaron una súplica a la reina doña Germana, virreina a la sazón, que la remitió al baile general.⁶ Recibida la orden, el oficial decidió que no bastaba con revisar las defensas de Peñíscola, sino que era la ocasión de efectuar una inspección más amplia.

Lluís Carròs de Vilaragut, antiguo embajador en Roma y miembro de una de las familias más prestigiosas del reino, dirigía la Bailía valenciana desde 1522. El Emperador le había concedido ese cargo, junto con diversas rentas, a modo de honesto retiro de su elevada misión diplomática, ejercida con eficacia hasta la fecha.⁷ Asimismo, Carlos V mostró la confianza que

⁵ Lo que no implica un repliegue o una actitud amedrentada, exclusivos de la Cristiandad: de hecho, tanto Argel como las posesiones otomanas en los Balcanes fueron igualmente fortificadas.

⁶ La carta, de Peñíscola, 16 de marzo de 1525, y la provisión de doña Germana, registradas en Archivo del Reino de Valencia, ARV, Bailía, Manaments i Empares, 1.228, primera mano de 1525, ff 46r-48v.

⁷ Sobre su gestión en Roma, vd. L. Núñez Contreras, *Un registro de cancillería de Carlos V. El manuscrito 917 de la Biblioteca Nacional de Madrid*, Madrid, 1965; el privilegio de

tenía en él al nombrarle alcaide de la fortaleza de Játiva y encomendarle la misión de vigilar la ciudad que, a fines de 1522, acababa de ser reducida al servicio real después de año y medio de obstinada rebeldía.⁸ Para ello el Emperador ordenó al virrey, Diego Hurtado de Mendoza, que pusiera guarnición en el castillo y que escogiese algunos de los mejores artilleros que tuviera en su ejército para que residieran en la fortaleza.⁹ Pedro Alvarado fue uno de los escogidos. Había combatido en la guerra de las Germanías, probablemente desde el principio, en las filas del duque de Segorbe. Desde agosto de 1521 estuvo a las órdenes del virrey hasta el final de la campaña, en que fue destinado a Játiva.¹⁰ Siendo ya experto en su oficio al comienzo de la campaña, es probable que se hubiese formado en alguno de los lugares que daban actividad a los artilleros al servicio de la Corona española, como la frontera pirenaica, el norte de África o Italia. Además, tenía cualificación de cantero,¹¹ lo que sugiere su intervención activa en la fortificación de alguna de las plazas de aquellos teatros. Esto le habría puesto al corriente de las innovaciones con que trataban de adaptarse las fortificaciones medievales al fuego artillero. En esas inquietudes pudo coincidir con el baile Carròs, acaso propenso a las novedades arquitectónicas, después de los años pasados en Italia. Ahí debe de residir la razón de que don Lluís eligiera a Alvarado para la misión que le encomendó en la primavera de 1525. El 4 de abril ordenó al artillero que, junto al notario Lluís Palau, escribano de la Bailía general, acudiese no sólo a la villa del Papa Luna, sino también a Cullera y a Benidorm, que inspeccionase sus fortificaciones y que hiciese relación de las obras necesarias.

La elección de las plazas tiene un significado preciso: como revelaría el informe del artillero, el objetivo esencial consistía en adaptar los tres lugares a las armas de fuego, con lo que se pretendía reforzar la defensa no sólo de los mismos sino del conjunto del litoral. Desde luego, las intenciones

baile general a favor suyo fue otorgado por el Emperador en Santander, el 24 de julio de 1522. Carròs juró su cargo el 19 de septiembre de 1522 (ARV, Bailía, Lletres i Provisions, 1.169, ff 191r-200r).

⁸ *Id.* nuestro trabajo “Después de la Germanía. Control militar en Xàtiva y Alzira (1522-1524)”, en *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, vol. extraordinario, homenaje a la Dra. Milagro Gil-Mascarell (1994), p. 99.

⁹ En las instrucciones que dio el Rey a Carròs se le decía que “assimesmo ternèys manera con el dicho don Diego que de los artilleros que tenía consigo se pongan algunos de los mejores dentro en la dicha fortaleza, porque en caso de necessitat se pueda deffender”, ARV, Real Cancillería, Cartas Reales, Carlos V, n.º 14, de Valladolid, el 29 de noviembre de 1522.

¹⁰ Sobre su trayectoria en la guerra, ARV, Maestre Racional, 10.160, ff 160v-161r, 166r; 9.872, f 19v; y, en la serie Tesorería General, 8.848, ff 229r, 256v, 270v-271r, 333r-v, 356r y 414v-415r.

¹¹ Como *pedrapiquier* se alude a él en el registro citado de Bailía: ARV, Bailía, Manaments i Empares, 1.228, primera mano de 1525, f 50r.

del baile no responden a un sistema preconcebido de defensa costera equiparable a los que se manejarán en tiempo de Felipe II,¹² pero sí descansan sobre una valoración unitaria del espacio que se trata de proteger. Los tres puntos escogidos constituían sendas puertas o llaves del reino. No sólo se trataba de lugares expuestos a cuya población había que defender, sino, sobre todo, de enclaves que controlaban los accesos al interior del territorio, los fondeaderos o puntos de aguada de los corsarios enemigos o los lugares preferidos por éstos para desembarcar y lanzar sus expediciones. Cerrándoles esos “puertos” se impedían muchas de sus acciones y se estorbaba su capacidad de maniobra por la costa, reducidas sus posibilidades de hacer aguada. Naturalmente, los corsarios disponían de muchos más fondeaderos clandestinos en el litoral valenciano, pero en 1525 esos tres eran considerados como los que más atención requerían.

De las tres plazas fuertes, en la que menos reformas se plantearon fue en Cullera. En realidad, Alvarado se limitó a proponer medidas de mantenimiento en el castillo: así en la torre de Sueca debía repararse el techo y las paredes; arreglarse el parapeto del muro entre dicha torre y la iglesia; en ésta, pavimentarla, arreglar el tejado y canalizar el agua de sus vertientes hacia los aljibes; nivelar un cubo medio derribado que estaba en el interior del castillo, cerca de la puerta, de forma que quedase a la altura de lo que seguía en pie; poner puertas nuevas en el portal de la puerta Falsa; y, en el albacar, en la parte de la marina, reparar un pedazo de lienzo y una torre, haciendo además una escalerilla que permitiese subir al muro. Finalmente, Alvarado sugirió despejar el muro de la villa para evitar que las construcciones exteriores fuesen aprovechadas por los enemigos. El coste de todas las obras ascendía a ciento setenta libras.¹³

Por el contrario, en Benidorm las obras propuestas tenían mucha más trascendencia. El lugar estaba desierto, por lo que, dada su estratégica posición, literalmente dentro del mar, en una pequeña península, era muy peligroso dejarlo a disposición de los corsarios norteafricanos. El pueblo estaba amurallado y rodeado de foso, y tenía en su interior los restos de un castillo, del que sólo quedaba la torre del homenaje.¹⁴ De modo que el artillero fijó primero su atención en las obras que necesitaban las murallas. Para empezar, en la entrada del lugar estimó que debía labrarse un portal de piedra picada, y ponerle un par de puertas, la primera forrada de hierro, y

¹² A. Cámara ha señalado que antes de las inspecciones de Gian Battista Calvi y de la intervención del príncipe Felipe en las fortificaciones, ya en los años 50 del siglo, no puede hablarse de un sistema que considerase la relación de las diferentes plazas entre sí (“Las fortificaciones del emperador Carlos V”, en *Carlos V. Las armas y las letras*, Catálogo de la Exposición, Granada, 2000, p. 135).

¹³ ARV, Bailía, Manaments i Empares, 1.228, primera mano de 1525, f 55r-v.

¹⁴ Lo señaló el propio Alvarado en su informe: “en el dicho lugar hay una fortaleza, la qual está toda derribada, sino un apartamiento que es la torre del homenaje”: *ib.*, f 56v.

la segunda de madera; además, debía ponerse un puente levadizo para salvar el foso. Desde el portal hasta la esquina de Poniente y desde ésta hasta la del Mediodía (seiscientos sesenta palmos, esto es, unos ciento cincuenta metros de longitud), debía repararse el muro, alzándolo una tapia; y lo mismo desde la esquina meridional hasta la de Levante.

Entre esta última esquina y la torre que estaba sobre la puerta de entrada, en el lado de la tierra (el istmo de la península) estimaba Alvarado que se concentraba el mayor peligro; en ese tramo había una cortina de catorce palmos de grosor (tres metros y veinte centímetros) en muy mal estado: la parte exterior estaba en gran parte derrumbada sobre el foso. Alvarado propuso acabar de derribar esa parte y hacer junto a ella una pared nueva, de mampostería, que cada veinte palmos enlazase con la vieja, en lo que llamaba “través de llaves”: romper el muro de arriba abajo, haciendo que pasara la obra nueva por el medio; y justamente en esas juntas, abrir lombarderas a la altura de la tierra y en la parte superior, en el andador de la muralla.¹⁵ De esta forma, a intervalos regulares, en ese tramo reforzado de muro se abriría, a la altura del borde del foso, una tronera, y una lombardera en el camino de ronda, de modo que quedaría el parapeto formado con auténticos merlones, de 4,60 m de ancho cada uno, a la usanza moderna. Con el mismo espíritu, Alvarado propuso que en la torre de la puerta se abriesen troneras en la parte inferior, a la altura del suelo de la cava, y en la terraza superior se reformase el parapeto, abriendo otras “lombarderas”, a fin de que guardasen la entrada y la parte de la tierra. Y, en general, recomendó que se abriesen troneras por toda la muralla. Con esto, y con poner algunas piezas de artillería, Alvarado estimó que “pueden deffender dies hombres el dicho lugar a todo el mundo, si batería no trahen”.¹⁶ El precio de la obra se elevaba a quinientas libras, a lo que debían añadirse cuatrocientos ducados por las reformas que precisaba el castillo.

Las obras proyectadas para Peñíscola obedecían a un patrón muy semejante. Alvarado se fijó sobre todo en las murallas, tal y como habían reclamado los jurados a la reina Germana. Las recorrió de punta a cabo y realizó un informe que pasaba revista ordenadamente a las diferentes cortinas y a las torres que necesitaban reformas. Empezó por el lado de la mar, en un tramo de muralla llamado *de la scorcheria* (matadero), en la parte de Levante, sobre el mar. Un pedazo de más de veinte metros de largo y 1,72 m

¹⁵ “Tiene mucha necessitat de acabar de derribar todo el dicho mur que está fendido a la parte deffuera, y aser una paret de manpostería de quatro palmos de grueso junta con el viego, y de veynte en veynte palmos romper el mur viego de alto a bayxo, y que passe la obra nueva entre la viega a modo de laves, y en ste mesmo través de laves que han de passar, aser sus lombarderas a cara de tierra, y arriba en el andador ho apitadores de la muralla, sus lombarderas, porque en aquesta parte es toda la necessitat que viene a la parte de la tierra”, *ib.*

¹⁶ *Ib.* Esta frase de Alvarado refleja el espíritu con que se concibió el proyecto: defender el lugar contra corsarios, no contra grandes ejércitos; de ahí su moderado coste.

de ancho debía engrosarse hasta medir más de tres metros hasta el antepecho: este debía hacerse de casi dos metros de alto (ocho palmos), abriéndose en él “lombarderas” entre los merlones. Con la misma filosofía, en el siguiente tramo de la muralla del matadero, en la parte de la gabela de la sal, debían cegarse las aberturas entre las cinco almenas que había, “por que los que andan por la muralla [puedan] andar descubiertos”. A continuación, desde la esquina de Levante hasta la torre llamada d’en Moliner, en un tramo de once metros en el que se había caído una torre, se haría una pared nueva, de ocho palmos de grosor, junto a la pared vieja, unidas ambas, al igual que en Benidorm, mediante “llaves”. Ya en el lado de la tierra, en la fachada del istmo, había una barbacana cerca del portal principal: Alvarado aconsejó abrir en ella una tronera “que guarde la puerta de la villa”. Al otro lado de la puerta, hacia Poniente, en la torre que estaba más cerca de la entrada debían arreglarse las cubiertas, que estaban caídas. Y en la otra torre, la de la Guarda, recientemente derribada por los temporales, “en donde es la mayor necessitat de guardar la villa”, el artillero planeó la edificación de un torreón, un “cubo redondo” de once metros y medio de alto, con cerca de siete metros de hueco (treinta palmos) y paredes de casi dos metros de grosor (ocho palmos). En total, mediría de ancho unos diez metros y medio. En su interior se dispondrían “tres cubiertas de bóveda”, lo que daba tres casamatas, abriéndose en cada una de ellas cuatro troneras, “las unas contrario de las otras”.

Cerca de la torre de la Fuente, que quedaba en la esquina suroeste, había un tramo de muro de ochenta y cinco palmos (casi veinte metros) de largo y cincuenta (once metros y medio) de alto, del cual se había desprendido la mitad del lado de dentro de la villa. Una vez más, Alvarado recomendó levantar una pared de seis palmos de ancho que ligara con la vieja con sus “llaves”. Las tres torrecillas que había en ese tramo debían nivelarse a la altura del muro. Y en la torre de la Fuente debían abrirse lombarderas. Ya al sur de la villa, en el tramo de muralla de la Tarazana, en la torre del mismo nombre, que estaba encima de un portal (probablemente, la puerta del Papa Luna o de Sant Pere), debía ponerse cubierta. No lejos, “en la torre que se dise del Papa”, de piedra picada, que estaba “toda socavada por baixo, de las ondas de la mar”, debía colocarse piedra nueva. En el siguiente tramo, entre la torre del Molino de viento y otra torre llamada también de la Atarazana, debía repararse la cortina, pues estaba en mal estado. Finalmente, otro pedazo de lienzo junto a la torre del Molino de viento estaba caído por el lado de la mar, y debía repararse con urgencia. Toda la reforma fue estimada en ochocientos ducados.¹⁷

¹⁷ El “Memorial de las obras necessarias en las murallas de la villa de Paníscola” se encuentra junto con los otros dos, *ib.*, ff 58r-59r; F. Cobos Guerra y J. J. de Castro Fernández (“Inicio y desarrollo de la fortificación moderna en el reino de Valencia, 1544-1579” en

A pesar del coste relativamente bajo de las tres intervenciones, no se llevaron a cabo por entero. Al menos el proyecto de Peñíscola quedó suspenso por el momento. No obstante, algo se proveyó para los otros dos. La reina Germana decidió enviar a Cullera al alcaide del castillo, don Pedro Sanoguera, satisfaciéndole los atrasos que se le debían (y que se acumulaban desde la fecha de su nombramiento, a fines de 1522, en las postrimerías de la guerra de las Germanías); además ordenó que se le entregasen cien libras “per a despendre-s en certes obres que tenien necessitat de fer-se en dit castell”, lo que sin duda alude al proyecto del artillero. En cuanto a Benidorm, el señor del lugar, don Alonso Fajardo, reclamaba una indemnización por los daños que los agermanados le habían causado cuatro años atrás. Los oficiales reales acordaron con él ofrecerle la cantidad en que Alvarado había tasado las obras (novecientas veinte libras) a cambio de que se diese por satisfecho en su demanda y empleara el dinero en poner en obra las reformas recién proyectadas. De hecho, el 1 de julio de 1525 recibió las primeras cuatrocientas libras “per a certes obres que-s havien de fer en lo castell e fortalea de Benidorm per lo que cumplia a la bona guarda del dit castell e fortalea per al benefici del present regne”.¹⁸

Dos años después la situación del litoral había empeorado sobremanera, de forma que se había acentuado la tendencia favorable a los trabajos de fortificación. A principios del verano de 1527, en un momento especialmente delicado dada la reiteración de ataques corsarios y la inquietud de los moriscos, recién convertidos, el Gobierno real trataba de ocuparse cuidadosamente de la defensa del litoral. Se preveía un ataque berberisco para mediados de julio, por lo que era urgente tomar medidas. El baile Carròs volvió a recurrir al artillero/canero. Escribió a Játiva, a su “special amigo” Pedro Alvarado, ordenándole marchase a Villajoyosa, “la vila real que –en su opinión– podría recibir más daño que ninguna otra”, y revisase el estado de sus defensas, dándole cuenta de “lo que ha menester para su defención,

A. Sánchez-Gijón, ed., *Luis Escrivá. Su Apología y la fortificación imperial*, Valencia, 2000, p. 18) lo citan por otra copia, en la sección de Maestre Racional, pero no aciertan con la datación, estimándolo posterior a otro proyecto de Benidorm de mediados de la década de 1530; desconocen su autoría y tan sólo comentan de él el proyecto del torreón (transcribiendo con algunos errores parte del capítulo), errando al afirmar que fue levantado según este proyecto, cuando, como veremos, el torreón que finalmente se construyó fue el proyectado por Joan de Cervelló hacia 1534. Por lo demás, es muy interesante el recorrido que hizo Alvarado, siguiendo la línea de la muralla medieval, designando torres y lienzos por los nombres que entonces tenían, muy diferentes de los que hoy (y desde el siglo XVIII) reciben baterías y baluartes, recogidos por Alfredo Ayza Roca, “Sobre cronología y denominación en la fortaleza de Peñíscola”, en *Peñíscola, ciudad en el mar*, 56 (1982).

¹⁸ ARV, Maestre Racional, Tesorería, 9.424, ff 134r-137v (citas en ff 135r y 137v), donde se contienen los mencionados pagos; las órdenes de pago, de 31 de mayo (atrasos de Sanoguera), de 12 de junio (dinero para las obras de Cullera) y de 22 de junio (para Benidorm), en Real Cancillería, Diversorum Lugartenentiae, 1.409, ff 110v-113v y 131r-132r.

assí de reparos como de otras cosas".¹⁹ La Vila contaba con un circuito murado de origen medieval, coronado por doscientas sesenta almenas y seis torres;²⁰ pero según los jurados, estaba en mal estado ("molt dirruhit e guastat") y era demasiado largo para defenderlo con sólo los doscientos hombres válidos del lugar, "y –decían los magistrados– si no y ha artilleria en loc de gent, és impossible bé guardar-se".²¹

Cumpliendo las órdenes de Carròs, el artillero se puso en camino y permaneció dos días en Villajoyosa, en los cuales, según su declaración, "ha mirat, regonegut e ben vist tota la dita vila, muralla e torres de aquella, e la munició que per sa defensa tenen, axí en la dita muralla com en les dites torres, e tots los altres lochs que perillen o porien perillar". Después de su examen acudió a Valencia a rendir cuentas al baile general, ante quien relató su proyecto el 11 de julio. Además de recomendar que se arreglasen muchas partes de la muralla "que per estar dirruhides y foradades són molt flaques, y ab poch treball e forces se porien derrocar e fer entrada per aquella", y que se condenasen todas las ventanas que salían a la muralla, Alvarado enfocó su proyecto en dos sentidos. Primero planeó una reforma de la parte de la muralla que daba a la mar. Allí deberían edificarse en las dos esquinas sendos torreones bien erizados de troneras y aspilleras, de forma que quedase bien guardada esa cortina y también la puerta marítima. Igualmente aconsejó que se cegase la torre que guardaba aquel portal, y que en las tres torres (los dos torreones proyectados de las esquinas y la del portal) se asentase artillería.²² En segundo lugar, apuntó que se acomodasen los muros para que pudiese circular por ellos la gente (y posiblemente también la artillería), de modo que acudiesen sin dificultades de uno a otro lugar, según fuera necesario. Asimismo debían construirse dos o tres garitas en

¹⁹ *Ib.*, Bailía, Manaments i Empares, 1.229, 2ª mano de 1527, f 39r-v, Valencia, 2 de julio de 1527.

²⁰ Según la carta de los jurados al baile general, de Villajoyosa, a 6 de julio de 1527, escrita en presencia de Alvarado: "en lo vogí de dita vila y ha dos-cents sexanta murons y sis torres, los murons de les quals no se són contats, y més hi ha algun pany de mur sense murons": *ib.*, Lletres i Provisions, 1.170, 2ª mano de 1527, s.f.

²¹ *Ib.*

²² "En los dos cantons del pany del mur que stà a la part de la mar, se facen y obren dos torrions, hu a cascun cantó del dit pany de la muralla que stà a la part marítima, ab ses troneres y sageties [*sic*, por sageteres] perquè de altra manera la porta de la dita vila que stà en lo dit pany del mur a la part de la marina, se pot molt mal guardar e defensar, e tenint los dits dos torrions, no sols la dita porta e entrada de la dita vila tindrà e porà tenir bona defensa, mas encara se defensaran del dan que poden rebre no essent-hi los dits torrions de una montanyeta que stà prop de dita vila e senyoreja molt aquella (...); e (...) que la torre que stà a la porta de la marina, en lo mig del dit pany, la seguen tota, per què tingué bona e més segura defensa, perquè ho fa molt menester a causa que la dita porta està molt exida en fora; e que en los dits torrions fahedors, e en la dita torre posen alguns tirs o pessés de artilleria, ab les quals no sols se poran defensar, però encara poran offendre y fer gran dan als enemichs", *ib.*, 11 de julio de 1527.

cada cortina, desde las cuales pudieran disparar ballesteros o escopeteros.²³ Alvarado no especificó el coste del proyecto, pero pidió que se enviasen con urgencia (dada la inminencia del peligro) piezas de artillería y municiones a la Vila. Carròs accedió y ordenó que se llevasen allí tres cañones del castillo de Játiva; además nombró un capitán para la gente de la villa y ordenó al artillero que volviese a Villajoyosa para dirigir la instalación de las piezas y arreglar lo que pudiese, aunque no parece que señalara presupuesto para las obras proyectadas. Los vileros, sin embargo, insistieron en la necesidad de que se llevasen a cabo las obras bajo la dirección de Alvarado, y el mismo baile general, cumpliendo una deliberación del Real Consell, visitó Villajoyosa en 1528, revisando las defensas y comprobando las obras que eran necesarias.²⁴ Pese a todo ello, las murallas siguieron sin reformar.

Sin embargo, las cosas estaban a punto de cambiar para Peñíscola. La visita de Carlos V a Valencia, en mayo de 1528, fue sin duda decisiva para este giro. Los oficiales valencianos plantearon al Emperador los diferentes problemas defensivos de la costa valenciana y entre ellos le hablaron del estado de las murallas de Peñíscola y de su relevancia estratégica. Pocos días después de su marcha de Valencia, estando en Monzón, recién inauguradas las Cortes, Carlos V aprobó los planes para fortificar la villa. Se asignó un total de mil ducados, procedentes de la Tesorería valenciana y de las penas impuestas a los agermanados, para poner guarnición en el castillo y emprender obras en las murallas. A primeros de año había viajado a Peñíscola el gobernador Jeroni de Cabanilles y había examinado el estado de las murallas. Además, se había llegado a un acuerdo para que el municipio pagase la mano de obra, excepto los maestros, que cobrarían de la Corona. Los trabajos comenzaron el 31 de agosto de 1528 y acabaron en febrero de 1530, y, en buena medida, seguían el espíritu y la letra de las recomendaciones de Alvarado. En primer lugar se reformó la torre que había junto a la gabela de la sal, a fin de erizarla de saeteras. Igualmente se renovó el muro que mediaba entre esa torre y la torre d'en Moliner, colocando troneras y cerrando las almenas. Asimismo, al otro lado de la villa, se derribó

²³ "Y que es facen andadors per la dita muralla, per què de la una part puguen socòrrer a l'altra, y còrrer y passar la dita muralla al temps de la necessitat (...). E en les altres parts e panys del mur de la dita vila és menester que facen, posen e obren dos o tres garites en cascu pany, en les quals puguen estar e tirar dos o tres ballesters o escopeters", *ib.*

²⁴ Cuyo coste, en cualquier caso, era imposible de asumir por la hacienda local, como los jurados habían dejado claro al baile, en su carta de 6 de julio, ya citada. Para el resto de la misión de Alvarado, *ib.*, Manaments i Empares, 1.229, 2ª mano de 1527, ff 38r-40v y 1ª mano de 1528, ff 32r-33v, incluyendo las declaraciones de vecinos de la Vila, favorables a Alvarado y a su trabajo. El pago de sus dietas se asienta en Maestre Racional, Cuentas de Administración, f 251v. Para la visita de Carròs, entre el 13 de marzo y el 6 de abril de 1528, *vd.* Bailía, Manaments i Empares, 1.230, 2ª mano de 1531, ff 19v-20r. También por entonces se hacían obras en la muralla de Castellón (*vid. La defensa del imperio...*, cit., capítulo IV).

parte de la torre de la Fuente, hasta la base circular de piedra. Finalmente se derribó la torre que guardaba la puerta de la villa, a fin de levantar allí un revellín, pero éste no fue construido.²⁵ Gracias al acuerdo al que se llegó con la villa para que pagase la mano de obra menos cualificada, el coste de las obras fue sólo de unos ciento sesenta y ocho ducados,²⁶ pero el proyecto quedó muy incompleto.

LA DIFUSIÓN DE LAS REFORMAS

A partir de 1529 estas tendencias arquitectónicas que se habían ido proponiendo desde la administración vicerregia, pero que se llevaban a la práctica en medida muy limitada, empezaron a difundirse a gran escala. La apuesta por la fortificación litoral se hizo inaplazable a fines de ese año: los insistentes ataques turcos contra los poblados de la costa y las fugas de moriscos, desencadenadas por la conversión forzosa de 1525, culminaron en octubre de 1529 con la operación del corsario Cachadiablo, que llegó hasta Murla y Parcent, llevándose a toda la población de ambos lugares; el inmediato desastre naval sufrido por las Galeras de España, a manos del mismo corsario, empeoró las cosas. La Junta estamental surgida de las recientes Cortes decidió dedicar todas sus energías a la guardia costera por tierra, y no mediante una armada, como insistía la Corona (en concreto, el Gobierno de la emperatriz Isabel). Esta decisión tendría consecuencias para la fortificación del litoral: por ejemplo, el castillo de Benidorm habría de convertirse en la base de la guardia de Poniente; asimismo, se comenzó a pensar en la edificación de torres de defensa.²⁷

Pero la corriente a favor de la fortificación no se limitó a proyectos amparados desde las instituciones centrales del reino. La nobleza territorial no tardó en comprender que era urgente fortificar sus señoríos. El conde de Oliva fue uno de los primeros que lo entendió, y a fines de 1529 emprendió la construcción de murallas nuevas en la capital de sus estados. Aplicando los nuevos principios, se instalaron cubos redondos en las esquinas de los muros de la villa de Oliva, a fin de hacer posible la instalación de piezas de

²⁵ Los pagos por las obras y la guarnición, están *ib.*, Maestre Racional, 9.289 y 9.285; esta documentación ya fue dada a conocer por R. Pinilla Pérez de Tudela, en un breve artículo, aunque de forma parcial: "Noticias en torno a la fortificación de Peñíscola por Carlos I (1526-1536)", en *Temas de Historia Militar*, t. II, Zaragoza, 1982. Para conocer con precisión las obras efectuadas, ya que no hemos localizado el memorial que elaborase Cabanilles, se ha examinado el detalle de los pagos a los canteros en las mencionadas cuentas del ARV.

²⁶ ARV, Maestre Racional, 9.284, al final, y 9.285, f 11r.

²⁷ Estudio la situación vivida por el reino a fines de 1529 al principio del capítulo V, del libro ya citado, *La defensa del imperio...*

artillería.²⁸ Al parecer, el conde contó con la ayuda del capitán Diego de Cárceres, que había mandado compañías de escopeteros durante la guerra de las Germanías y la de Espadán.²⁹ Cuando la obra olivense debía de estar cerca de su conclusión, Cárceres fue llamado por los jurados de Valencia. En la capital también se había decidido renovar las infraestructuras defensivas, concretamente en el Grao, de modo que se convocó a diversos expertos para que dieran su opinión. Se debatía la posibilidad de levantar en la playa un "reparo o baluart per a que l'artelleria estiga salva e puga envadir los enemichs que per mar porien venir".³⁰ Después de las consultas de los expertos, se aprobó la edificación en la playa, de forma que protegiese el embarcadero, de un bloque cuadrangular que contase con sendos torreones en las esquinas del lado de la mar. Las obras, pagadas por la Fábrica de Murs i Valls, comenzaron el 9 de agosto de 1532.³¹

El mantenimiento de la delicada situación defensiva después de 1529 había propiciado que se siguieran proponiendo tales proyectos. La misma Junta de defensa, en 1532, renovó su compromiso con la fortificación y aprobó destinar cantidades considerables a un programa de construcción de torres litorales. Sin embargo su gestión estaba a punto de concluir. En efecto, según sus estatutos debía cesar al reunirse las primeras Cortes y el Emperador las convocó para el verano de 1533. Aquella asamblea se presentó como la ocasión de retomar el delicado problema militar del reino, incluyendo la conveniencia de ocupar la ciudad de Argel. Carlos V y los brazos echaron un auténtico pulso durante toda la reunión de las Cortes, y el resultado fue decepcionante. El Emperador no quiso comprometer demasiado su política exterior y tampoco garantizar la presencia continuada de su Armada en el litoral valenciano. Tan sólo se autorizó la recaudación de la tasa aprobada en 1529 para la guardia de la costa, por los dos años que restaban; ahora bien, el dinero sería gastado por el virrey; eso sí, con autorización estamental.³² Precisamente a partir de entoces, gracias a ese dinero y a otras sumas que pudo arbitrar don Fernando de Aragón, duque de Calabria y virrey de Valencia de 1526 a 1550, comenzó una etapa de intensa proyección y construcción en las principales plazas costeras.

²⁸ Remitimos al lector al trabajo que realicé sobre las infraestructuras militares del condado de Oliva: *La guerra dels cavallers*.

²⁹ Para su participación en la guerra de las Germanías, *vd.* por ejemplo ARV, Maestre Racional, Tesorería General, 8.848, f 249r; y para la de Espadán, *ib.*, 8.851, f 96v y ss.

³⁰ AMV, Lletres Missives, g³-47, f 16r-v, según las cartas de los jurados al conde de Oliva y a Diego de Cárceres, también citadas por R. Pinilla Pérez de Tudela, *El virreinato conjunto de doña Germana de Foix y don Fernando de Aragón (1526-1536). Fin de una revuelta y principio de un conflicto*, tesis doctoral, Universitat de València, 2 vols., 1982, t. I, p. 451.

³¹ *Ib.*, Sotsobreria de Murs i Valls, d³-112, s.f.

³² Para todo ello, véase el final del capítulo V de *La defensa del imperio...*, *cit.*

No es casual, pues coincide con un recrudecimiento de la guerra contra el Imperio otomano. La ofensiva de la Armada turca, mandada por Jairedín Barbarroja, en 1534, la campaña de Carlos V contra Túnez, en 1535, y el contraataque de Barbarroja contra Mahón, así como la creciente coordinación franco-turca desde 1536, explican las medidas defensivas tomadas en esos años en el litoral valenciano, que van más allá de la mera defensa contra los corsarios. La apuesta de las instituciones valencianas es clara: concentrar las inversiones en las plazas fortificadas del litoral: así las murallas y fortalezas de Alicante, Benidorm, Cullera y Peñíscola, junto con la torre de Oropesa, se llevaron la mayor parte del dinero que se gastó en defensa. Y ello pese a los deseos del Virrey de reunir un ejército de infantería regular.

Es posible que ya en 1533, si no antes, se iniciara una serie de visitas sistemáticas por la costa del reino —dividida entre la parte de Levante y la de Poniente, al norte y al sur de la capital, respectivamente—, encomendadas a don Joan de Cervelló, uno de los principales expertos en fortificaciones de que disponía el Gobierno real valenciano. Señor de Oropesa, Cervelló había combatido en Italia durante el decenio de 1520; después de un período en que fue alcaide del castillo de Case, en Lombardía, volvió al reino.³³ Al parecer, una de sus primeras intenciones fue levantar una pequeña fortaleza en su feudo, en la que plasmara todo lo que había aprendido en Italia. El resultado fue la torre de Oropesa conocida como torre del Rey, una de las más sofisticadas fortificaciones del litoral mediterráneo español. Cervelló, que recibió ayuda estamental para levantarla, la concibió como un cuerpo cuadrangular, a cuya base se adosarían dos casamatas semiesféricas colocadas en esquinas opuestas; en la parte superior, sobresalen del paramento dos garitas en las esquinas contrarias a las de las casamatas inferiores. De esta manera todo el perímetro queda cubierto por el fuego artillero o de arcabuz disparado desde las troneras. La impresión que provoca, de diseño audaz, es bien patente al contemplarla, y recuerda las palabras del propio Cervelló, recogidas por el cronista Viciano:

Fue su intento, según él mismo proclamaba, que pues en Lombardía había sustentado el castillo de Case contra el duque de Milán y venecianos (...) quería hedificar en Oropesa una fortaleza que fuese nombrada en la mar y tierra, y sería oppósito a los cossarios y armadas de enemigos y refugio y amparo de los amigos y beneficio de los pueblos comarcanos.³⁴

³³ *Vd.* M. de Viciano, *Crónica de la inclita y coronada ciudad de Valencia y de su reino*, Valencia, 5 vols., 1972, ed. facsímil de la de 1564, t. II, p. 113b.

³⁴ *Ib.* Para esta fortaleza puede verse el artículo de V. Forcada Martí, “La torre del Rei”, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LXIV (1988); para el apoyo económico de los estamentos, ARV, Maestre Racional, Clavería de los Estamentos del Reino, 10.360, ff 27v y 34r.

Dada su pericia, el duque de Calabria no tardó en reclamar sus servicios para realizar visitas de inspección y proyectar trabajos de fortificación. Es posible que ya a principios del verano de 1534 se dispusiera de varios proyectos para actualizar las fortalezas y de un moderado presupuesto global. Al menos, algo se remitió a la Corte, pues en agosto Carlos V, aludiendo a la amenaza de la Armada otomana, envió diversas órdenes para proceder a la fortificación del reino. En particular, ordenó a las villas reales de la gobernación de la Plana que aportasen ciertos fondos de que disponían, pues “por las nuevas y recelo que se tiene del Armada del Turco, nos escrivimos al excelente duque, nuestro primo, lugarteniente y capitán general, que luego haga reparar y proveher los castillos desse reyno, en que se ofrece gasto de seys mil ducados”.³⁵

Uno de los primeros proyectos de esta etapa debido a Cervelló es el de las murallas de la ciudad de Alicante, “hu dells principals membres del Real Patrimoni, axí per la calitat del poble com del port”.³⁶ Tuvo que ser en esos años, y en una inspección de la parte de Poniente, cuando el veterano de las guerras de Italia realizase un primer designio para Alicante. Aunque no conocemos su contenido, sabemos que las obras, que eran “de molta despesa e calitat”, empezaron hacia 1533; para dirigir la ejecución del proyecto, el Virrey envió a Pedro de Castroverde, uno de sus hombres de confianza, antiguo combatiente de la guerra de las Germanías y, según don Fernando, persona de “calitat y experiència en coses de guerra”.³⁷ En parte fueron subvencionadas por las instituciones centrales: los estamentos enviaron a Alicante más de mil ducados a fin de que fuesen empleados en sufragar las reformas, junto a las cantidades que aportara el municipio. El virrey, asimismo, ordenaría al tesorero real que remitiese algo más de seis mil sueldos.³⁸ Se levantaron, al menos, dos torreones, uno junto al portal Nou y el otro cerca de la puerta de Elche; asimismo debieron de acondicionarse algunos muros. En 1535 ya estaban lo suficientemente avanzadas como para que se colocara una placa conmemorativa en que se perpetuaba el papel de Joan de Cervelló como *inventor* y de Pedro de Castroverde como

³⁵ Véanse las cartas del Emperador a Villarreal, de Palencia, 16 y 21 de agosto, en Doñate, *Datos para la historia de Villarreal*, t. III, Villarreal, 1975, pp. 61-62. La cita es de la primera carta. Estas instrucciones reales parecen derivarse de un informe previo remitido por el Virrey.

³⁶ Según rezaba una provisión del Virrey: ARV, Maestre Racional, Tesorería General, 8.857, f 49v.

³⁷ Según el documento citado en la nota anterior, una orden de pago del 7 de julio de 1537 a favor de Castroverde, por sus servicios en un tiempo superior a cuatro años. Para su participación en la guerra de las Germanías como hombre de armas del ejército real, ARV, Maestre Racional, Tesorería General, 8.848, f 231r.

³⁸ Véase ARV, Maestre Racional, Clavería de los Estamentos del reino, 10.360 y Tesorería General, 8.854 y 8.855. *Vid.* también Archivo General de Simancas (AGS), Estado, Aragón, 271, f 22.

prosecutor de las nuevas fortificaciones.³⁹ Sin embargo dos años después todavía no estaban concluidos los trabajos, y empezaban a escasear los fondos: en las Cortes de 1537, los brazos pidieron al Emperador que destinase quinientos ducados para concluir uno de los torreones, pero Carlos V, excusándose en sus muchos gastos, rechazó la demanda.⁴⁰ Finalmente, según el cronista Bendicho, las obras se dieron por concluidas en 1539;⁴¹ pero aún quedaban muchos flecos que cortar.

Poco después de que comenzasen las obras en Alicante, arrancó una intervención en el castillo de Benidorm. La voluntad de poner en orden de defensa esa fortaleza, expresada insistentemente desde 1525, fue confirmada con el envío de una pequeña guarnición a principios de 1534 y el diseño de un programa de reformas. Se empezaría por agrandar el foso en torno de la plaza, hasta que midiese cuatro metros y medio de hondo y siete de ancho. Pero el principal elemento del plan era la construcción de dos torreones en el adarve, en la zona que unía la plaza con la tierra. Debía levantarse uno en cada esquina, sustituyendo a otros de menor tamaño. El muro debía tener dieciséis palmos (tres metros y sesenta y ocho centímetros) de grosor a la altura del suelo de la cava, para ir decreciendo, a modo de alambor, hasta el borde del foso, en que llegaría a trece palmos (casi tres metros). El final del alambor coincidiría con el del foso. A esa altura, el torreón, con treinta palmos de hueco, tendría cerca de trece metros de ancho (12,88 m), mientras que en la base superaría los catorce (14,26 m). Desde la altura de la tierra se elevaría, ya en vertical, cuatro metros o poco menos. En el interior de cada uno de los cubos debían habilitarse un par de casamatas, con la cubierta abovedada. En ambas se abrirían troneras que cubriesen desde el suelo del foso hasta el campo circundante y el mar. Asimismo debería prepararse la plataforma superior de los torreones para hacer fuego artillero desde ella. El lienzo entre los dos cubos no sólo debía repararse, sino que también debía reforzarse al nuevo estilo, convirtiéndolo en un muro terraplenado: para ello debería levantarse una pared nueva a unos doce o quince palmos del muro viejo (de 2,76 a 3,45 m) y llenarla con la tierra sacada del foso, convenientemente apisonada. Finalmente en ciertos lugares de la for-

³⁹ V. Bendicho, *Crónica de la muy ilustre, noble y leal ciudad de Alicante*, Alicante (ed. de M^a Luisa Cabanes Catalá), 1991, t. II, pp. 778-779; cf. R. Viravens y Pastor, *Crónica de la muy ilustre y siempre fiel ciudad de Alicante*, Alicante, 1876, p. 102: este autor anota que el duque de Calabria ordenó levantar los baluartes en 1526, lo que es difícil de creer porque no inició su virreinato hasta noviembre de aquel año, y no consta que diera órdenes de fortificación en fechas tan tempranas; *vd.* también P. Rosser Limiñana, *Orígenes y evolución de las murallas de Alicante*, Alicante, 1990, p. 48.

⁴⁰ La súplica estamental rezaba "que Sa Majestat socórregua ha Alaquant DII ducats per les obres del torrejó", y, la tajante respuesta real, "que, al present, atesa la gran necessitat que ocorre a Sa Majestat, no ha loch lo suplicat", capítulos presentados por las Cortes al Rey, Archivo Histórico Nacional, Secc. Nobleza, Osuna, 572, 1, f 4v.

⁴¹ *Loc. cit.*

talza de cara a la mar, donde afloraba la roca formando peñascos, debían cercenarse todos los apoyos naturales que facilitasen la escalada, igualando con argamasa las superficies.⁴²

El equipo de canteros (diecinueve en los primeros días), dirigido por el maestro Martí de Donapetro, empezó a trabajar el 11 de septiembre de 1534, en ahondar el foso y arrancar piedras para las torres. El 14 de octubre, empezaron a hacer un horno para la cal. El foso se acabó en Navidad, pero ya desde el 2 de diciembre hasta el 15 de enero los trabajadores pusieron los cimientos de una de las dos torres. Desde esa fecha hasta el 14 de abril, la cuadrilla (estabilizada en torno a doce o trece personas) trabajó en hacer los hornos para la cal y arrancar piedras para fabricar ésta. Sin embargo, entonces quedó interrumpida la campaña, ya sea porque se habían agotado los fondos (poco más de mil ducados), ya sea por las diferencias que surgieron entre Donapetro y el comisario de la obra, Joan Ivanyes, baile de Villajoyosa, acerca de las cantidades que debían pagarse. Tan sólo se habían gastado en la obra unos setecientos ducados: el resto fue a parar al pago de la guarnición enviada a la fortaleza por el Virrey.⁴³

Si bien el proyecto de Benidorm contempla casi todos los elementos principales de la nueva fortificación, tal y como fueron recibidos en Valencia, en ningún otro proyecto se muestran con tanta claridad como en el que elaboró en 1534 Joan de Cervelló para las murallas de Peñíscola.⁴⁴ En conjunto, se trataba de adaptarlas lo más completamente posible a la nueva concepción de la defensa, tal y como la entendía el veterano de las guerras de Italia. Este nuevo proyecto evidenciaba que las obras efectuadas pocos años atrás apenas habían solucionado los problemas de la villa. En opinión de Cervelló, "Peñíscola es toda en sí muy fuerte, excepto que tiene las murallas al antiga", lo que se traducía en tener demasiadas torres "inútiles y antes danyosas que provechosas", por su excesiva altura, escasa consistencia y poco ángulo de tiro, lo mismo que los muros, estrechos y altos, sin

⁴² Comentan brevemente este proyecto Cobos y de Castro, *op. cit.*, pp. 17-18, y lo transcriben parcialmente en nota, con algunos errores. También menciona la campaña de obras M. T. Mayor Fernández, "Villajoyosa y el problema de los piratas berberiscos", *Revista de investigación y ensayos del Instituto de Estudios Alicantinos*, 40 (1983). Seguimos el documento original, en ARV, Maestre Racional, 9.258, ff 1r-2r.

⁴³ *Ib.*, ff 5r-8v; parte de los pagos a los obreros están en los ff 11r-50v (del 11 de septiembre al 17 de noviembre); gracias a ello y al tercer capítulo del memorial presentado por Ivanyes de sus diferencias con Donapetro (f 5r-v), hemos podido establecer la pauta de los trabajos. Donapetro también se enfrentó al capitán de la plaza, Antón Carrasco, el cual, al parecer, le propinó una estocada (*ib.*, 10.360, f 18r).

⁴⁴ ARV, Real Cancillería, Curiae Valentiae, 1.316, ff 172v-174v, en una provisión del duque de Calabria, de 10 de febrero de 1535. Ya fue dado a conocer por R. Pinilla, al incluir el documento completo en el apéndice documental de su tesis doctoral, *El virreinato conjunto de doña Germana de Foix y don Fernando de Aragón...*, *op. cit.*, t. II, pp. 215-223, y resumir sus puntos en las pp. 253-255 de su artículo citado (Cobos y de Castro desconocen este fundamental proyecto).

posibilidades para soportar cañones, de modo que en toda la villa “no hay parte donde pueda jugar artillería para offender y defender”.⁴⁵ La solución propuesta por el militar iba en tres direcciones: derribar o reformar las torres que fuese preciso, adaptar los muros a las exigencias de los cañones y levantar dos gruesos torreones en el lienzo del istmo.

De los dos torreones (que Cervelló denomina “baluartes”) recomienda la inmediata construcción de uno de ellos. Naturalmente, lo construiría tres estados más bajo que la muralla. Mediría treinta palmos de ancho (de hueco) en la parte tocante a la muralla, mientras que sobresaldría de ésta hasta cuarenta y siete palmos (casi once metros, igualmente de hueco). Iría alamborado desde el cordón hacia abajo, y el muro tendría catorce palmos de grueso del cordón hacia arriba. De esta forma, se le daría un aspecto alargado, a fin de que cubriese con su fuego todo el espacio posible. En palabras de Cervelló, sería “un poco prolongado, [para] que pesque a todas partes”.⁴⁶ Se abrirían en su interior cuatro troneras bajas y cinco altas. Con la misma urgencia, el noble instó a acometer la reforma que proponía para la puerta principal de la villa. Ésta se encontraba al fondo de una placeta flanqueada por una pared almenada. Debía trasladarse la puerta hasta la parte delantera de la placeta, demolerse la pared y construirse un muro nuevo, recto y de diez palmos de grueso, que cerrase por fuera la placeta, donde, lógicamente, se abriría la puerta; y a un lado de ésta se levantaría un revellín, “con sus troneras hechas guerreras, a la usança de agora”.⁴⁷

El otro de los “baluartes” proyectados por Cervelló debía ir un poco más hacia el interior de la villa, y obligaba a derribar un buen trecho de muralla. De ahí que propusiera posponer la obra, a fin de no dejar “la tierra muy abierta”. Pero las reformas descritas bastarían por el momento, junto con otra serie de cambios. Así, debían derribarse todas las torrecillas de uno de los lienzos de muralla que daba a la mar, por el lado oeste. Debía igualarse todo el muro a la altura de la línea de almenas. Igualmente, las to-

⁴⁵ ARV, Real Cancillería, Curiae Valentiae, 1.316, ff 172v y 174r; citamos por el documento original.

⁴⁶ *Ib.*, ff 172v-173r. Según el proyecto, el torreón así construido “defiende todo el lienzo fasta la torre grande de la Fuente, y assimismo el lienzo de la villa hazia Levante, y assimismo las dos partes de la mar, azia Poniente y Levante, y la lengua del arenal, que viene de la parte de la tierra”; semejante disposición y alcance de tiro se corresponde bastante bien con el torreón alargado que puede verse en el plano de Peñíscola, de 1579, que incluye los proyectos de Vespasiano Gonzaga y Gian Battista Antonelli, dibujados sobre el trazado anterior de la muralla: lo publica A. Ayza Roca, copiando a su lado el plano de la muralla antigua, exenta del proyecto de 1574-1579: “Las murallas de Peñíscola conocidas como de Felipe II o de Antonelli”, *Peñíscola, ciudad en el mar*, 64 (1984), p. 17.

⁴⁷ ARV, Real Cancillería, Curiae Valentiae, 1.316, ff 172v-173r; así visto el trazado de la muralla se corresponde bastante bien con el plano citado en la nota anterior, en el que se ve un muro recto, sin ángulos, al gusto moderno, con un saliente triangular, a la derecha de la puerta, que bien podría ser el revellín proyectado en 1535, aunque no construido hasta el decenio siguiente, como veremos.

rres del lado de la tierra deberían desmocharse hasta la altura de la muralla, o bien derribarse. En particular la torre de la Fuente debía reducirse en altura y ensancharse; en su cuerpo debían abrirse cuatro troneras: dos para guardar la muralla y dos apuntando hacia la costa; y su plataforma superior debía habilitarse para que pudiesen asentarse dos piezas de artillería. Con la misma finalidad de instalar cañones, debía hacerse un terraplén en uno de los extremos de la muralla en el lado de Levante. Y los lienzos de muralla debían ensancharse para facilitar el paso de la artillería, transformando las almenas en amplios merlones y dejando su parte superior a modo de plataforma, a la “usança moderna”. En el lienzo de muralla de la Tarazona “las almenas antiguas se derruequen y se engruessen de la ancharia de la muralla, hechas a plataforma (...) por que desta manera la artillería pueda jugar y correr por muchas partes”.⁴⁸

En definitiva, todo el arsenal de las innovaciones arquitectónicas se daba cita en la pluma de Cervelló: torreones, muros a la moderna, anchos merlones, troneras, revellines, etc. El proyecto, estimado por su autor en la respetable suma de tres mil seiscientos ducados, suponía una renovación total de las murallas, pero no se emprendería de inmediato. Aunque el virrey Calabria encargó a Lluís Boteller d’Oliver, que ostentaba la bailía y alcaidía de Peñíscola, que iniciase las obras con los fondos que controlaba, los trabajos no se iniciaron hasta bien entrado 1536.⁴⁹ A raíz de la ofensiva turca de aquel verano, y, en particular, de la incursión de una escuadra franco-otomana en el mes de septiembre, don Fernando envió a Joan Escrivà de Romaní, maestre racional, a Peñíscola para que la pusiese en estado de defensa. El oficial, además de establecer mecanismos de socorro para la villa y de instalar y mantener una guarnición, organizó una campaña de obras, la más importante acometida en la plaza en la primera mitad del siglo XVI. Del proyecto de Cervelló se seleccionaron los puntos más urgentes, y se decidió que de inmediato se terraplenarían los muros, se renovaría el muro de la Tarazona, se levantarían dos torreones (uno de ellos, el principal, cercano a la puerta) y se reformaría la torre d’en Moliner.⁵⁰ Las obras comenzaron,

⁴⁸ ARV, Real Cancillería, Curiae Valentiae, 1.316, f 174r. El proyecto se completaba con algunas indicaciones sobre el castillo: Cervelló comprendía que, dada la altura de sus muros, era imposible asentar en él artillería que fuese efectiva, de modo que propuso levantar un revellín delante de la puerta y un baluarte detrás de la torre del castillo llamada del Papa Luna. Asimismo aconsejó derribar las edificaciones de los contornos.

⁴⁹ Véase la orden en la provisión del Virrey, ya citada, en que se detalla el proyecto. En los ejercicios de 1535 y 1536 Boteller no anotó más que cinco mil trescientos cincuenta y seis sueldos, cada año; además, repartió el gasto entre el dinero con que se amortizaban censales cargados en la guerra de las Germanías y las habituales entregas al baile general: no desvió un sueldo para fortificación (ARV, Maestre Racional, 4.933, Bailía de Peñíscola). Pero sí recibió veinte mil sueldos del tesoro real (*ib.*, 8.854, f 37v), en teoría para ese fin.

⁵⁰ De acuerdo con el libro de cuentas, las obras debían consistir en “fer y obrar un terraplé en la muralla de la dita vila, y encara en fer un torrió entre lo dit terraplé e lo dit castell de

bajo la tensión provocada por las galeras enemigas, el 16 de octubre de 1536. Decenas de obreros, incluyendo mujeres y muchachos, se afanaron en adaptar a la artillería los muros y las torres de Peñíscola, trabajando a marchas forzadas incluso los días festivos. Conforme terminaba la estación propicia a la navegación, y se disipaba la alarma, el ritmo de la obra se fue adaptando al calendario laboral, pero el trabajo en las murallas no decayó. Cervelló supervisó personalmente varias etapas constructivas,⁵¹ lo mismo que alguno de los canteros que habían trabajado con él en Oropesa, como Joan Vidanya, vecino de Almazora.⁵² Los trabajos masivos concluyeron el 22 de octubre de 1538,⁵³ dos años después de su inicio. Y aún muchos pagos se escalonaron en los meses siguientes y, probablemente, también algunas obras de detalle. Desbordaron los cálculos hechos por Cervelló, y eso que la villa ofreció el pago de cuatrocientos jornales, pues el coste total de los trabajos ascendió a más de cuatro mil seiscientos ducados, a los que hay que añadir los cerca de dos mil que costó mantener una guarnición en la villa, y de poner a punto la artillería.⁵⁴

El último de los grandes proyectos de esta etapa fue el que se elaboró para el castillo de Cullera, primero a cargo de un cantero y un albañil y, poco después, revisado y ampliado por Joan de Cervelló. El proyecto tuvo una concepción complicada. A raíz de la alarma suscitada en 1535 por la toma de Mahón por Barbarroja, el Virrey ordenó al baile general que acudiese a Cullera para revisar el estado del castillo. Sin embargo, al disiparse pronto el peligro, Carròs no cumplió la orden. Hasta 1537 no se repitió una alarma similar: de nuevo la Armada turca amenazaba los reinos de Carlos V. Así pues, el baile decidió acudir a Cullera. Sin embargo una enfermedad se lo impidió, por lo que ordenó a Pere Vilanova, *pedrapiquier*, y a Joan Navarro, *obrer de vila*, que, junto con el notario Lluís Palau, acudiesen a la villa del Júcar y subiesen al castillo para comprobar qué obras eran menester. Naturalmente, la mayor parte de sus propuestas se dirigían a aconsejar obras de mantenimiento: arreglar muros en mal estado, reparar cubiertas o

la dita vila, com encara en adobar e fortificar la torre d'en Moliner de la volta en amunt, com encara en fer lo torrió major del cap de la barbacana de la porta de la dita vila, com encara en fer un pany en la Teressana, e altres obres necessàries en la dita vila e fortaleza", ARV, Maestre Racional, 9.286, f 23r; la misma relación puede verse al final de la cuenta, al valorarse el total de gastos en las obras ya hechas: f 650r.

⁵¹ Especialmente la construcción del torreón: de hecho en marzo de 1537 el *mestre major de les obres* de Peñíscola, Domingo Despuro, viajó de Peñíscola "a la torre de Orpesa, a hon se deya que stava lo noble don Joan de Cervelló, per fer venir aquell a la dita vila, com hi hagués necessitat de sa presència per a ordenar y provehir tot lo que se havia de fer en lo torrió major, com la dita obra se fes a consell seu": *ib.*, f 578v.

⁵² *Ib.*, f 40r.

⁵³ *Ib.* f 560v.

⁵⁴ *Ib.*, *passim*; el total de gastos reflejado en la cuenta es de ciento treinta y cinco mil quinientos sesenta y dos sueldos, ocho dineros (f 650r-v), casi seis mil quinientos ducados.

reparar el camino de acceso desde la villa. Sin embargo, Vilanova y Navarro demostraron haber asimilado parte del contenido de la fortificación "a la moderna" al plantear la necesidad de reformas de mayor calado. Transformar el torreón de Sueca, poniéndole alambor y preparándolo para asentar allí artillería, alamborar igualmente veinticinco palmos de muros (con medidas precisas: quince palmos de falda y treinta de altura), levantar una pared nueva que protegiese la puerta y rehacer de arriba abajo la torre del Moli.

Pese a tan modernas propuestas, Carròs no se quedó tranquilo y prefirió encargar una nueva visita a Joan de Cervelló. Es más, en cuanto el baile estuvo recuperado, acompañó al militar a la fortaleza, donde se presentaron el 12 de julio. Para empezar, y de acuerdo con su costumbre, Cervelló aconsejó levantar un revellín delante de la puerta del castillo. Asimismo indicó la conveniencia de poner una garita sobre dicha puerta. En cuanto a la torre del Moli, insistió en que acabase teniendo forma redondeada, y aconsejó elevarla un tanto para mejorar sus posibilidades de tiro. Por lo demás, debían prepararse muchos espacios de la muralla y cubiertas de dependencias para que actuasen como andadores, que permitieran pasar por ellos a los defensores y transportar piezas de artillería de uno a otro lugar. Con la misma finalidad de facilitar los desplazamientos, debía levantarse una pared redonda para proteger a quienes subiesen al torreón que estaba cerca de la torre de Sueca, de modo que estuviesen cubiertos del fuego enemigo. Finalmente, la misma torre de Sueca debía ser renovada teniendo en cuenta que le tocaría atender dos de los puntos más delicados: el mar y la montaña que estaba junto al castillo. Cervelló recomendó que se recortase el antepecho que daba al castillo y a la villa a sólo tres palmos, mientras que de la parte de la montaña y del mar se debía levantar y construir merlones de forma que "de la muntanya no puguen descobrir la gent de la torre". En la misma torre debía asentarse una media culebrina que, primero, favoreciese el *racó de la punta blanca de la part de Sancta Marta*, segundo, impidiese a los corsarios "l'ayguada de dia", y, tercero, protegiese a los que subieran de la villa al castillo por la *scala nova*.⁵⁵

Las obras no tardaron en llevarse a cabo, pero tan sólo por valor de unos quinientos ducados, pese a que el picapedrero las había estimado en un precio cercano al doble.⁵⁶ Obviamente, la Bailía general no estaba en condiciones de efectuar un desembolso excesivo, y Carròs debió limitar el gasto todo lo que pudo. Era algo parecido a lo ocurrido en Benidorm, y no

⁵⁵ Los dos memoriales se encuentran en ARV, Maestre Racional, 9.171 bis.

⁵⁶ *Ib.*: la cantidad gastada por el veedor de las obras, Jeroni Corral, ascendió a diez mil once sueldos, once dineros, de un total de diez mil quinientos treinta y cuatro sueldos recibidos (y no diez mil libras, como a causa de un lapsus indica L. Arciniega García, "Defensas a la antigua...", cit., p. 74, n. 34).

muy diferente de lo que pasaba en Peñíscola y Alicante: los proyectos se trazaron y las obras se comenzaron, pero no se concluyeron. De modo que los principios de la fortificación moderna se habían difundido a todo lo largo del reino, incluyendo zonas de señorío: además de Benidorm u Oropesa, que contaban con apoyo de las instituciones centrales, como vimos el conde de Oliva renovó sus murallas con arreglo a los nuevos principios. Y lo mismo hizo el marqués de Denia, en cuya capital se acometieron diversas obras de refuerzo de muros y edificación de torreones: al menos tres de las torres de la muralla de la Vila (el primer recinto del actual castillo) fueron afectadas por la reforma, y es posible que entonces se terraplenaran los muros inmediatos a esas torres.⁵⁷ Pero la mayor parte de todos esos proyectos, en realengo o en señorío, no se llevaron completamente a la práctica. Los años que siguieron a 1538, más tranquilos en el litoral valenciano, no invitaron a nuevas inversiones. Habría que esperar a una nueva alerta generalizada para relanzar las campañas de obras, y ésta llegaría en 1543.

LA CRISIS DE 1543-1544

La amenaza turca sobre la costa española alcanzó su punto culminante entre 1543 y 1544, cuando la Armada otomana, bajo el mando de Barbarroja, atravesó todo el Mediterráneo hasta unirse al ejército francés. La combinación fue contemplada con terror por el Gobierno imperial, que pensó que los aliados dirigirían su ataque contra Cataluña. Carlos V recomendó encarecidamente la defensa del principado y, en general, del litoral mediterráneo. Así ordenó al duque de Calabria que revisara las fortificaciones del reino de Valencia, especialmente las de la costa. Sin embargo, la estrategia del Emperador dejaba el Mediterráneo lejos de su principal centro de operaciones. Carlos V planeaba abandonar la Península a mediados de año, a fin de lanzar desde los Países Bajos su ofensiva principal contra Francia. La defensa española quedó, pues, al cuidado del Gobierno de regencia, especialmente al del duque de Alba,⁵⁸ a quien el Emperador encargó dibujar un plan defensivo para la frontera catalana y el litoral mediterráneo.

⁵⁷ En la torre del Llavador, que mira hacia el mar, existe una inscripción realizada por un cantero, que marcó la fecha de 9 de marzo de 1539, lo que sitúa en esta etapa los trabajos de fortificación: *vd. J. Ivars - J. A. Gisbert, El Castell de Denia. Estudio y sistematización de su evolución arquitectónica, arqueológica e histórica. Problemática de su conservación*, memoria depositada en la Institución Juan Gil-Albert, 1986, pp. 57-58, que reducen las obras a las torres mencionadas; *vd. también V. M. Algarra Pardo, "Las inscripciones medieval y moderna de la fortificación de Denia"*, en *Estudis Castellonencs*, 6 (1994-1995), *Miscel·lània d'estudis dedicats a la memòria del professor Josep Trenchs i Odena*.

⁵⁸ W. S. Maltby, *El gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa (1507-1582)*, Madrid, 1985, pp. 69-74.

neo. Alba partió de las previsiones que entonces se manejaban en los círculos imperiales: la inminencia del ataque sobre Cataluña y, en particular, sobre Perpiñán. Para defender el principado y, en particular, los condados, ordenó su plan sobre un punto esencial: la concentración de efectivos humanos y materiales en las principales plazas. Más de veinte mil soldados serían repartidos en las ciudades y fortalezas de Cataluña, especialmente entre Perpiñán y Barcelona. Asimismo deberían ponerse a punto sus fortificaciones, acabándose las que el tiempo permitiera, y concluyendo provisionalmente las demás. Mientras, el litoral entre Peñíscola y Gibraltar actuaría a modo de retaguardia, acogiendo tan sólo un máximo de dos mil soldados regulares, igualmente distribuidos en las plazas fuertes. Particularmente, para Valencia Alba sólo recomendó fortificar Alicante y enviarle una o dos compañías de infantería, dejando lo demás a criterio de don Fernando de Aragón.⁵⁹

La aplicación de las órdenes por el Gobierno virreinal valenciano se hizo escalonadamente, a lo largo de todo el año. Empezó por una visita de las principales plazas fuertes del reino, realizada por el Virrey, acompañado de varios especialistas que había incorporado a su servicio personal; se trataba, al parecer, de Alonso Delgadillo, Francisco Fenollet y los ya conocidos Diego de Cárceres y Pedro de Castroverde, además del inevitable Cervelló. Sólo en ellos tenía don Fernando depositada su confianza en materia de guerra y defensa.⁶⁰ A raíz de la visita se elaboraron diversos planes de fortificación, rearme y movilización de tropas, así como de búsqueda de expedientes financieros, que pasaron por los préstamos facilitados por las administraciones locales o por los estamentos. Sin embargo, la aparente inminencia de los ataques de la Armada otomana, primero a mediados del verano y luego en octubre de 1543, suspendió la realización de los programas a medio plazo. Pero, en cuanto la situación lo permitió, comenzaron a aplicarse los planes.

Para empezar, en Alicante. Cuando el duque de Calabria la visitó, comprobando el resultado de la última campaña de obras, concluida en 1539, se mostró entusiasmado por las posibilidades que la plaza ofrecía, y así lo comunicó al Emperador. Según su opinión, la ciudad "a poca costa se puede fortificar y hazer una de las más fuertes plaças que hay en Spanya". Pero, en cualquier caso, había que gastar dinero en rematar lo ya hecho. A ello contribuiría la Corona con dos mil quinientos ducados, posiblemente la

⁵⁹ AGS, Guerra Antigua, 38, f.272.

⁶⁰ *Ib.*, Estado, Aragón, leg. 287, 211: según escribió el Virrey, meses después de la visita, "por no haver personas aquí fuera de la de don Joan Cervellón para cosas de guerra, huelgo servir con los de mi casa, por más falta que me hagan, porque saben en este reyno que tales quatro [Fenollet, Cárceres, Castroverde y Delgadillo] como las susodichas no las hay en él", el duque al príncipe Felipe, Valencia, 31 de agosto de 1543.

cuarta parte del total.⁶¹ Quedó al frente de las reformas, como años antes, Pedro de Castroverde.⁶² Cuatro eran las bases del plan. En primer lugar, la adaptación completa de las murallas, que, como ya se había iniciado, debían hacerse más rectas y anchas para facilitar la circulación y el fuego de la artillería, y en las que se realizarían terraplenes en algunos puntos para que actuasen a modo de caballeros que dominasen amplios tramos murados. A continuación, debían acabar de desmocharse las torres, nivelando su altura con las murallas y rellenando y ensanchando algunas de forma que fuesen aptas para actuar de plataformas de tiro. En tercer lugar, se excavaría un foso ante los muros. Y, finalmente, se derribarían diversas casas que podían suponer un peligro para la ciudad: como rezaba uno de los capítulos,

Item más, que se derriben y allanen las botiguillas del manyán y todas las otras conjuntas a ellas, porque si, por desgracia, y lo que Dios no quiera, se perdiere la primera muralla de la mar, se puedan defender los segundos muros de la mar, con los traveses de los baluartes nuevos, lo que no podrían hazer si quedassen dichas botiguillas, dando a los moradores de dichas botiguillas lugar, como se a ya dado.⁶³

Además de los trabajos en las murallas, que se extenderían hasta 1546, se acometieron con carácter más urgente, dada la amenaza otomana, obras de acondicionamiento del castillo. Por orden del Virrey la guarnición de la fortaleza fue reforzada hasta cincuenta infantes, de modo que hubo que preparar estancias, limpiar los aljibes o reparar el molino. Además de estos trabajos de mantenimiento, y posiblemente por sugerencia de Castroverde, se prepararon algunos lugares del castillo para asentar artillería. Así, se ordenó “alçar el suelo de donde havia de jugar el artillería del dicho castillo para que pudiesse mejor jugar a la parte de la mar y subjectar mejor el muelle y a los navíos que legasen”; y en un lugar distinto dispuso “hotro terraplano (...) para donde la artillería pudiesse jugar para la parte de la tierra”. Estas obras no costaron más de veinte libras.⁶⁴ Y, en general, el acondicionamiento de todo el castillo se realizó por menos de ciento cuarenta.

⁶¹ En 1546, acabadas las obras, el clavarío de las mismas estimó su coste en diez mil ducados: J. Martí Ferrando, *Poder y sociedad en el reino de Valencia durante el virreinato del duque de Calabria (1536-1550)*, tesis doctoral, 4 vols., Universitat de València, 1994, t. III, pp. 169-170.

⁶² *Ib.*

⁶³ El memorial firmado de mano del duque de Calabria, está en el Archivo Municipal de Alicante, en uno de los Llibres de privilegis i provisions de la ciutat de Alacant, libro 9, Armario 1, ff 151r-156r. Transcriben algunos capítulos Cobos y de Castro (*op. cit.*, pp. 16-17), pero lo suponen de mediados de los años treinta, y lo consideran como una “reforma general de toda la muralla”; después de revisar el original creemos, con Rosser Limiñana (*Origen y evolución de las murallas de Alicante, op. cit.*, p. 49), que corresponde al decenio siguiente. Sin duda se elaboró a raíz de la visita citada.

⁶⁴ Cuatro libras y diez sueldos la primera y quince libras la segunda: Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Consejo de Aragón, 163, ff 22v-23r.

ciónamiento de todo el castillo se realizó por menos de ciento cuarenta.⁶⁵ Sin embargo, los demás gastos de la plaza harían dispararse el coste de la defensa: la guarnición del castillo, una compañía de infantería regular que se instaló en la ciudad mientras duró la alarma de la flota turca, los mil ducados entregados para las murallas, etc. elevaron a cuatro mil setecientas libras la inversión de la Corona en Alicante en los años 1543 y 1544.⁶⁶

Superior fue el gasto hecho en Villajoyosa y Benidorm. Según un proyecto elaborado por el maestre de campo Pedro de Guevara, en la Vila se emprendieron obras para fortificar un pequeño castillo que allí existía, hoy perdido. Se reforzarían “las paredes de las torres y muralla” y se harían “ciertos terraplenos y otras deffenças”; asimismo se excavaría en la fortaleza un pozo “muy bastante”. Las obras, que quizá también se referían a algunos tramos de la muralla, costaron un total de mil setecientas setenta y seis libras, nueve sueldos y cuatro dineros.⁶⁷ Por el contrario, en la estratégica fortaleza de Benidorm sólo se invirtieron cuarenta libras que, por órdenes del Virrey, fueron gastadas en agosto de 1543 “para hazer un bestión o terraplano que se hizo de rama y tierra en la muralla de dicha fortaleza, a la parte de la tierra”.⁶⁸ Ahora bien, el coste total, incluyendo los soldados de Benidorm y los que acudieron a Villajoyosa en 1544, mientras se iniciaban las obras, ascendió a más de cinco mil libras.⁶⁹

En la parte norte del reino las obras se concentraron, por un lado en el castillo de Morella y la plaza de Peñíscola, siempre sometida a estrecha vigilancia vicerregia, y, por otro lado, en las murallas de las demás villas reales. En la ciudad del Papa Luna se decidió concluir los trabajos emprendidos en la década anterior. Se recortarían unas peñas que estaban entre uno de los torreones recién hechos y la puerta de la villa y se derribaría una torre de ese mismo tramo, a fin de que el muro quedase recto; se levantaría el

⁶⁵ *Ib.*, ff 22r-25r.

⁶⁶ Cuatro mil trescientas veintitrés libras, nueve sueldos y nueve dineros, del préstamo de las villas reales *ib.*, ff 18r-27v, y trescientas setenta y ocho libras y cinco sueldos de la Bailía general: ARV, Maestre Racional, Cuentas de Administración, 149, f 259r-v.

⁶⁷ ACA, Consejo de Aragón, 163, f 41v. Los trabajos habían empezado el 14 de enero de 1544, por tanto, según parece, antes de la venida de Pedro de Guevara y de que elaborase la memoria, a no ser que el maestro de campo hubiese realizado una visita anterior a la que después veremos. Los gastos se refieren al período que va de esa fecha hasta el 12 de junio de 1545 en que se rindieron las cuentas. M. T. Mayor Fernández cita un documento del archivo de Villajoyosa acerca de estas obras (“Villajoyosa y el problema...”, *cit.*, pp. 93-94).

⁶⁸ *Ib.*, f 37v.

⁶⁹ Exactamente cinco mil noventa y seis libras, dos sueldos, siete dineros: cuatro mil setecientas treinta y siete libras, cuatro sueldos y tres dineros pagadas del dinero prestado al Virrey sobre las bailías locales: *ib.*, ff 35r-45v, más trescientas cincuenta y ocho libras, dieciocho sueldos y cuatro dineros de la Bailía general: ARV, Maestre Racional, 149, ff 256r y 258r. También es de esta época el castillo de Santa Ana, en Oliva, una de las más elocuentes muestras de la arquitectura militar valenciana del Renacimiento (*vid. La guerra dels cavallers*, ya citado).

revellín diseñado por Cervelló diez años atrás, todavía pendiente de ejecución; asimismo se acabaría el muro terraplenado, con plataforma, de la Tazana, y se haría un muro similar en la parte de la Fuente.⁷⁰ Las obras fueron ordenadas por el duque de Calabria poco después de su visita de la villa, y en plena amenaza otomana, el 9 de agosto de 1543, y comenzaron cuatro días después, extendiéndose hasta el 26 de noviembre de 1544. Fue realizado casi todo el proyecto, aunque quedó por concluirse el terraplén del lado de la Fuente. Costó ochocientas cincuenta y cuatro libras, quince sueldos y un dinero, yéndose la mayoría del dinero (setecientas dos libras, quince sueldos y siete dineros) al pago de los jornales.⁷¹ No obstante, aún más costaría el sueldo de la guarnición y los gastos que acarreo su estancia en la fortaleza. De modo que el total invertido en aquellos dos años en Peñíscola fue superior a las tres mil libras.⁷²

En cuanto a Morella, los oficiales reales consideraron que la amenaza otomana era de la suficiente envergadura como para fortificar el castillo de la villa, pese a su lejanía del mar, dada sobre todo su situación en uno de los principales accesos al reino desde Aragón, y, por lo tanto, controlar una de las vías de los moriscos de aquel reino hacia el mar.⁷³ En torno a sólo

⁷⁰ Según el “memorial y traza” que incluyó el virrey don Fernando en sus órdenes, y que debe ser obra de Cervelló, se mandaba “quitar a pico de martillo hunas peñas questán entrel turrión nuevo y la puerta de la dicha villa, alamborado porque lartilleria pudiesse jugar, y derribar huna torre que stava entrel dicho baluarte y la puerta para que todo quedasse [I]llano, y hazer una pared o revellín con sus troneras de falconetes ante la puerta de la dicha villa de hasta xv passos de largo y muy hancha, a modo de plataforma, de piedra picada, por que fuesse escudo y amparo de la dicha puerta. Item, que se acabasse el lienço de la plataforma del terraplano que se dize de la Teraçana, desde el terraplano nuevo, hasta la puerta de la Teraçana. Item, hazer huna pared gorda de seys palmos entre las torres questán a la parte de la fuente y hazer terraplano entre la pared vieja y nueva, haziendo la dicha pared nueva por la esquina de las torres, y por arriba su plataforma de calicanto, a razón de las dichas torres, al peso de la dicha plataforma”, *ib.*, f 31v.

⁷¹ *Ib.*, ff 32r-33r. De acuerdo con las cuentas quedó “acabada la dicha obra, salvo el hotro terraplano largo, que se ha de acabar desde el paño nuevo hante de la yglesia, hasta la torre de la Fuente, que ha de hir con sus laves por medio travessada para fortificar nuevo con viejo”.

⁷² Tres mil ciento diecinueve libras, dieciséis sueldos y un dinero: dos mil ochocientas veintitrés y dieciséis sueldos y un dinero, del préstamo de los municipios, *ib.*, ff 28r-34v, más doscientas noventa y seis de la Bailía General (ARV, Maestre Racional, Cuentas de Administración, 149, ff 257v-258r, 259v-260r y 265v).

⁷³ El Consejo real que deliberó sobre la fortificación del castillo se reunió el 24 de febrero de 1544 en el Palacio real y, presidido por el duque de Calabria, lo constituyeron el maestre racional, el baile general (el joven Lluís Carròs, hijo del antiguo embajador), el regente de la Tesorería Joan Lluís Marrades, el abogado fiscal Martí Pons, y el procurador patrimonial Jaime Bonavida, se consideró en la reunión “la necessitat que de present ocorre a causa de les grans armades turques, les quals a notòrio consta ésser vengudes e arribades en les mars del présent regne, e haver donat combat a la isla de Yviça e vila de Vilajoyosa, e en altres parts del dit regne, fent lo mal que poden en aquell, y per la guerra huberta que és entre la dita Cessàrea Majestat e lo Rey de França”, así como el “recel que-s té dels moriscos, axí dels del present regne com dels de Aragón”. Joan Jeroni Escrivà de Romaní, que ya ejercía de

tres puntos, la formulación del proyecto no podía ser más sencilla. Los dos primeros puntos se referían al primero de los recintos, junto a la puerta Ferrisa. El muro que lo circundaba, entre la caballeriza que había delante de la puerta y un torreón que daba acceso a un nuevo recinto, debía elevarse y engrosarse de modo que se convirtiera en plataforma apta para el asentamiento y movimiento de la artillería. El otro punto del proyecto preveía repasar toda la muralla de la fortaleza, coronándola de una plataforma y reparando los *murons*, lo que probablemente (y de acuerdo con la construcción de la plataforma) implicaba transformar las almenas en anchos merlones, habilitando muro y parapeto para el uso de artillería.⁷⁴

Las obras comenzaron el 7 de abril de 1544 y acabaron el 15 de enero de 1546, y su coste ascendió a casi mil libras, de las que poco menos de la mitad fueron aportadas por la Bailía general y el resto por la de Morella.⁷⁵ Esta *obra nova*, que, por cierto, no tardó en ser descarnada por el riguroso frío de los Puertos,⁷⁶ significaba, ni más ni menos, la adaptación de la fortaleza a las nuevas técnicas defensivas. Pero el proyecto no se concluyó. Años después, el alcaide de Morella explicó que el castillo estaba “empesçado a fortificar a la moderna”, pero que, en el estado en que estaba “no es nada fuerte ni está en defiença”.⁷⁷ A juzgar por los restos que hoy quedan en pie, parece que se fortificaron, al menos, dos cortinas en la parte este del tercer recinto del castillo: entre los dos torreones redondos y una de las plataformas de artillería. El muro recto y de una anchura próxima a los cuatro metros, y los gruesos merlones, al igual que la fisonomía externa de los torreones (posiblemente adaptados en 1544-1546) y la plataforma, se

alcaide de Morella y de maestre racional, puso al Consejo al corriente de las necesidades del castillo, y los oficiales, después de “madur col·loqui e parlament”, decidieron aprobar las obras: ARV, Bailía, Lletres i Provisions, 1.173, 2ª mano de 1544; véase también ARV, Maestre Racional, 9.199, f 3r. Cf. J. Martí Ferrando, *Poder y sociedad...*, t. III, que cita la provisión de la Real Cancillería, dada por el Virrey en Alcira, en marzo de 1544.

⁷⁴ “Primo, que de la cavalleriza que stà davant la porta Ferriza del single fins al torrió del prat que stà a la part de la dita vila, sia alçada la muralla huyt palms de paret grossa, y après dels dits huyt palms, fer cinch palms de plataforma, per quant la dita muralla al present no és de més de huyt o nou palms de altària. Item, que de l'altre cantó de la dita cavalleriza fins al sobre dit torrió se faça sobre la paret que huy és una plataforma. Item, recorrer la muralla del dit castell y fer alderredor de aquell una plataforma de cinch palms de altària, per ço que los murons que són al present stan diruhits hi-s cahuen”: ARV, Maestre Racional, 9.199, f 3v.

⁷⁵ *Ib.*, *passim*; ARV, Maestre Racional, Bailía de Morella, 3.806, f 35v. En concreto, el coste se elevó a diecinueve mil cuatrocientos noventa y cuatro sueldos y seis dineros, de los que diez mil cuatrocientos sesenta y nueve y medio fueron aportados por la bailía local.

⁷⁶ En marzo de 1548 el baile de Morella pagó ciertos *adops* en el castillo a fin de “reparar la obra nova, com les gelades la aguessen dereparada y descarnada”: tan sólo fueron dieciocho sueldos por reparaciones acometidas del 11 al 13 de marzo: *ib.*, 3.808, cuaderno de obras.

⁷⁷ AGS, Estado, Aragón, 307, f 276.

corresponden no sólo con el proyecto sino con la tipología de las fortificaciones carolinas en todo el reino de Valencia.⁷⁸

Las otras villas reales de la gobernación de la Plana en las que se elaboraron proyectos fueron Castellón, Villarreal y Burriana. Con ellas, ya en el verano de 1543, se llegó a sendos acuerdos por los que la Corona se comprometía a pagar una parte del coste de las obras a cambio de que la hacienda local sufragase el resto. En Castellón, el Virrey enviaría mil ducados y la villa pondría otros tres mil. En Villarreal el municipio pondría dos mil quinientos ducados, y la Corona quinientos. Y en Burriana, mil cien y cuatrocientos, respectivamente. El dinero sería administrado por las autoridades municipales, y es posible que se dedicase también al pago de guardias y soldados o a adquisición de artillería. Esto, junto a la circunstancia de que era la primera vez que se planteaba la reforma integral de las murallas en las tres villas, explica el elevado presupuesto que se les asignó. En los tres lugares, los proyectos eran similares: levantar baluartes (cuatro, por ejemplo, en Villarreal) y adaptar los muros a la circulación de la artillería. Las obras se acometieron casi de inmediato y se alargaron en los años sucesivos, al menos hasta 1545, en que los encargados rindieron las cuentas.⁷⁹ A juzgar por el sentido de los proyectos, las transformaciones de las murallas se corresponden con las que describiría, dos decenios después, el cronista Martí de Viciano, y que plasmaría en los conocidos “retratos” de las villas reales que ofrece en la tercera parte de su obra.⁸⁰

Finalmente, también en la ciudad de Valencia se acometerían obras de fortificación, de tal importancia que se reflejarían en el aspecto de la mura-

⁷⁸ No obstante los trabajos hechos en el siglo XVI han pasado inadvertidos. Según señala M. Salvador Gaspar, para ese período “son escasos los datos que proporcionan las investigaciones, y se carece de notas referentes a la construcción o reparación de las defensas morellanas”, en “El castillo de Morella. Datos sobre su evolución”, en *Estudios Castellonenses*, 7 (1996-1997), p. 675; véase también, del mismo autor, “Castillo, murallas y torres de Morella”, en el *Boletín de amigos de Morella y su comarca*, V (1979-1982), y J. Alanyà i Roig, *Urbanisme i vida a la Morella medieval (s. XIII-XV)*, Morella, 2000, pp. 63-77.

⁷⁹ ACA, Consejo de Aragón, 163, ff 72r-76v.

⁸⁰ De acuerdo, por ejemplo, con el ajuste de cuentas de Villarreal, las obras, que duraron del 14 de noviembre de 1543 hasta el 25 de noviembre de 1544, incluían “un contramuro y otros reparos y fortificaciones, demás de los quatro baluartes que se han hecho”: *ib.*, f 72v; Viciano, al referirse a la fortificación de la villa indica que “es cercada de muro alto con muchas torres, con quatro baluartes, uno en medio de cada un quadro o lienço, donde antes había una puerta de la villa” (*Crónica de la inclita...*, t. III, p. 299a, expresiones similares para Burriana y Castellón, pp. 290b y 308b). Sobre la fortificación de Castellón nos informa Francesc Olucha Martins de la recepción, el 8 de octubre de 1544, de quinientos ducados por el Consell local, para invertirlos en las obras: “Una panoràmica de l’art a la vila de Castelló entre 1500 i 1700”, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LXIV (1988), p. 161. Para Burriana, N. Mesado, *Burriana en su historia*, Burriana, 1991, t. II, pp. 69 y ss.; para Villarreal, J. M. Doñate, “Evolución urbana de Villarreal”, en *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Valencia, 1969, t. II, vol. I, pp. 144-163.

lla de la capital hasta su misma demolición y, en cierto sentido, hasta el presente siglo. Desde primeros de julio de 1543 se entendía en la defensa de la ciudad. El día 5, habiéndose recibido la vispera un apremiante correo del Emperador, se envió aviso a los grandes del reino y comenzaron las prácticas para la defensa urbana; poco después, el 17 ó 19 de ese mes, el príncipe Felipe recomendaba ocuparse de la fortificación de la capital.⁸¹ Pero don Fernando ya había empezado a movilizar las fuerzas del reino. Avisó a Joan de Cervelló para que comprobase el estado de la vieja cerca valentina. Sus conclusiones fueron tan optimistas como él solía serlo. Según escribió el gobernador Jeroni de Cabanilles a Francisco de los Cobos, el 25 de julio, “don Juan de Cerbellón bino aquí, y vista la çudad, dize lo que suele, que si le dan artillería y aparejo para reparar, y no le falta el tiempo, quél porná a Valencia de manera que todo el mundo no la ofenda, sino que quebrará la cabeça a quien quiera que los venga a enojar”.⁸² Es posible que, a sugerencia suya, comenzase a trabajarse en el foso de la ciudad, ahondando allí donde hacía falta, después de decenios de incuria. De hecho, el 14 de julio el Virrey ordenó mediante pregón “que los valls en torn de la present ciutat se affondasen”.⁸³ Once días después, según escribió el duque, ya estaban “començadas las cavas y determinados los baluartes”, posiblemente efímeras obras de tierra; pero también entonces habían empezado muchos a desentenderse de los esfuerzos de la fortificación.⁸⁴ Ciertamente, el ímpetu inicial se había agotado: como escribía indignado el gobernador Cabanilles, si llegasen los turcos ante los muros de Valencia, “hallarán en esta çudad poca resistencia, porque no ay en sí fortificación ni reparos”.⁸⁵ Y lo mismo ocurría meses después: tal y como reconocía Cabanilles, el 24 de noviembre, “las fortificaciones de Valencia están en lo mesmo que stavan aora a seis meses”.⁸⁶

¿Cuáles eran estas fortificaciones que no parecían hacerse nunca? Según el árido gobernador, en fecha tan tardía con respecto al inicio del proyecto, “sólo an començado un baluarte a la puerta que ba al mar”.⁸⁷ En

⁸¹ La carta del duque de Calabria a los nobles, en que alude a la misiva de Carlos V, en ARV. Real Cancillería, Curiae Lugartenentiae, 1.320, f 89v, *cf.* J. Martí, *op. cit.*, t. III, pp. 152-153; a esa carta debe referirse el Virrey al contestar otras del príncipe, de 17 y 19 de julio, el 25 de ese mes: “quanto a lo que Vuestra Alteza manda que se entienda en la fortificación desta ciudad, desde el primer día que llegó aquí la carta y aviso de Su Magestad, de cómo el Armada turquesca se hallava en el faro delante Mecina, se entiendo en ella”, AGS, Estado, Aragón, 287, f 108. En general, sobre las murallas de Valencia *vid.* S. Aldana, *Valencia, la ciudad amurallada*, Valencia, 1999.

⁸² AGS, Estado, Aragón, 287, f 246.

⁸³ ARV, Maestre Racional, Tesorería General, 8.862, f 36v.

⁸⁴ El duque al príncipe, Valencia, 25 de julio de 1543, cit.

⁸⁵ Carta a Cobos, de 25 de julio, cit.

⁸⁶ AGS, Estado, Aragón, 287, f 209, Cabanilles a Cobos.

⁸⁷ “... y éste —añadía— se acabará quando Dios quisiere”, *ib.* *Cfr.* Martí, *op. cit.*, t. III, p. 165.

efecto, de acuerdo con el cronista Gaspar Escolano, las obras de aquel año y del siguiente consistieron, además de en los trabajos en el foso, en la edificación de un baluarte junto al Portal de la Mar y trabajar en el muro de ese lado:

En el [año] de mil quinientos quarenta y tres abrieron fosso alrededor de la ciudad, donde no le havia, que fue desde la Puerta de los Judíos hasta la del Real, y desde la de Quarte hasta el Portal Nuevo, a costa de la Fábrica de los Muros y Valladares. Y por el mesmo tiempo levantaron el Baluarte de la Puerta de la Mar, y renovaron el lienço de muro que corre desde la Torre del Esperón hasta la Puerta de los Judíos, acabándose todo en el año siguiente, de mil quinientos quarenta y quatro.⁸⁸

Para vencer la flojedad denunciada por el duque y el gobernador, fueron necesarias complicadísimas negociaciones políticas que aportasen el principal elemento para la construcción: el dinero. El 8 de febrero de 1544 la Fábrica de Murs i Valls emitió títulos de deuda por valor de cinco mil libras para concluir lo ya iniciado, tal y como se anotó en sus libros, “per obs de fer lo baluart e muralla del Portal de la Mar”.⁸⁹ Finalmente, los estamentos se comprometieron a que la inversión alcanzase los doce mil ducados. La distribución de todo el dinero quedó a cargo del canónigo don Lluís de Castellví, que dirigiría los pagos de toda la obra de “fer la muralla e fonaments de aquella que’s fa en lo baluart del Portal de la Mar, de la torre del Speró fins al portal dels Juheus”, y, además, otros baluartes ante otras de las puertas de la ciudad.⁹⁰ A juzgar por estas referencias y por la cita de Escolano, la reforma acometida en los muros de la capital, además de la edificación de bastiones efímeros, de tierra y rama y del baluarte del Portal de la Mar, consistiría en hacer un trozo de muralla entre la Puerta de los Judíos y el Esperón, o la esquina en que la muralla, viniendo desde esa puerta, giraba para esquivar el curso del río. Al parecer *hacer*, más que *renovar*, como dice Escolano.

Hacia marzo de 1544 llegó a la ciudad de Valencia, enviado por el Gobierno del príncipe Felipe para colaborar en las fortificaciones, el maestro de campo Pedro de Guevara. Levantó un plano de los proyectos que remitió a la Corte. Desconocido hasta hace muy poco, Fernando Cobos y Javier de

⁸⁸ El cronista atribuye las obras a la alerta de aquel tiempo: “...por haverse esparzido rumor que Barbarroja, cossario y general del Turco, se havia entrado en nuestro mar con ciento y veynte galeras, llamado por franceses, y amenazava con algún impensado sobresalto a la ciudad”. G. Escolano, *Década primera de la historia de Valencia*, Valencia, 1610, ed. fac-símil, Valencia, 1972, *Libro quarto*, t. II, col. 766.

⁸⁹ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls, d³-122, sin foliar.

⁹⁰ *Vd. ib.*, d³-124, así como en d³-123 el pago a Castellví por distribuir cinco mil cuatrocientas libras de Murs i Valls “en la fortificació de València, axí de les muralles com dels bestions”, y al escribano que puso en limpio “lo compte de les obres del baluart y muralla del portal de la Mar”.

Castro han tenido el acierto de publicarlo.⁹¹ Tal y como se ve en el dibujo, en la parte cercana al convento del Remedio, que era la que más peligro podía tener, al afrontar con el puente que viene del Grao, se dibuja una pared completamente recta entre el portal de los Judíos y el Esperón; y, por detrás de esa pared, ya intramuros, aparece un muro almenado, que, describiendo una curva cóncava, une ambos puntos. En el medio de ese tramo intramuros Guevara dibuja una “puerta vieja marítima”, mientras que en el otro muro, el rectilíneo, se dibuja un vano, con la leyenda “puerta nueva”. Junto a esa puerta “nueva” se erige un grueso torreón semicircular, alamborado hasta el cordón, y nivelado a la altura del muro. Es posible que tanto el muro como el torreón fuesen fruto de las propuestas de Cervelló.⁹²

Por lo demás, Guevara dibujó una serie de bastiones efímeros para proteger las demás puertas y puntos débiles de las esquinas. De todo ello es posible que, además del ya iniciado torreón del Portal de la Mar, y de aquel trozo de muro, perdurase el bastión cuadrangular puesto en el Esperón: al menos se refleja con toda claridad en el grabado de la segunda edición de la Crónica de Beuter, publicada en 1546, y parece apreciarse en la vista de Anthonie van den Wijngaerde.⁹³ También se levantaron los otros baluartes, al menos los de las puertas de Ruzafa y de los Judíos. Es más, en 1545 se

⁹¹ En su artículo citado, pp. 22-23. Sobre la venida de Guevara, *vid.* también Martí, *loc. cit.*

⁹² Formuladas antes de la llegada del maestre de campo, pues ya se hablaba de la obra del baluarte y muro del Portal de la Mar en noviembre de 1543 y febrero de 1544. De hecho en el proyecto global intervinieron ambos, como se refleja en el breve comentario hecho por el príncipe Felipe en carta al Emperador, de Valladolid, 17 de septiembre de 1544: “en la fortificación de Valencia se entendió según la orden que dieron el maestre de campo Guevara y don Juan de Cervellón” (Manuel Fernández Álvarez, ed., *Corpus documental de Carlos V*, 5 vols., Salamanca, 1973-1981, t. II, p. 273). La “puerta nueva” debe de ser el nuevo Portal de la Mar, proyectado extramuros a fines del siglo XV y en el que aún se trabajaba en la década de 1540 (S. Carreres Zacarés, “El Portal del Mar”, *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, IX (1948)). El muro uniría el portal, en línea recta, con el resto del perímetro amurallado.

⁹³ En opinión de Cobos y de Castro, sería ese bastión lo único que se construyera, mientras que el torreón junto al Portal de la Mar, y alguna otra obra, “podrían corresponder a defensas del primer tercio del siglo XVI”, art. cit., p. 21; sin embargo el sentido del texto de Escolano no deja lugar a dudas, pues si se hizo (incluso, aunque sólo se renovara, como dice el cronista) el muro en 1543-1544, es lógico que el torreón date de esa fecha; igualmente es claro el testimonio de Cabanilles ya citado y, sobre todo, la anotación del libro de Murs i Valls, también citada. Además, al referirse al portal los mencionados autores lo llaman “portal Nuevo”; con ese nombre el único portal de Valencia es el que se encontraba frente al puente de San José, un tanto alejado de la zona fortificada entonces; el hecho de que Guevara lo llame “puerta Nueva”, es para diferenciarlo de la “puerta vieja marítima”, que quedaría intramuros al levantarse el muro nuevo. Esta doble muralla también aparece en la vista de Wijngaerde y todavía se insinúa en el plano de Mancellí, de 1608 (ya ha desaparecido del de Tosca, del siglo XVIII): de hecho, con ese trazado y ese portal viejo, la calle del Mar iría a morir mucho más cerca de la puerta del mismo nombre de lo que lo haría a partir de entonces. V. M. Roselló relaciona el lienzo interior con la Aduana y con funciones de almacenaje de mercancías: *Les vistes valencianes d'Anthonie van den Wijngaerde (1563)*, Valencia, 1990, p. 130.

puso una cubierta de ladrillo y mortero en este último, lo que obligó a aplanar de nuevo la tierra de que estaba hecho.⁹⁴ Pero no fue eso lo único que plasmó Guevara.

Después de sus trabajos con el veterano Cervelló, el plano de las reformas diseñadas se planteó como la respuesta al problema casi matemático de la fortificación de Valencia: Guevara percibió y subrayó que la ciudad formaba prácticamente una circunferencia. Así lo anotó en el centro de su plano, describiendo un círculo perfecto con su escritura: “nota muy bien que Valencia tyra quasi al redondo”. Guevara dibujó Valencia de acuerdo con los ideales geométricos del Renacimiento, impregnados de vivo sentimiento religioso: el círculo, forma mágica por excelencia, reunía las virtudes matemáticas y sagradas; respondía a la tradición de la *rotonda mística*, imagen del Pantocrator, rodeado de los doce Apóstoles, que solía emplearse como modelo en las representaciones de ciudades.⁹⁵ Además, mediante la perfección geométrica no sólo del perímetro urbano, sino también de las formas diseñadas (triángulos, cuadrados, etc.), Guevara realizaba una interpretación del ideal urbano por excelencia: la Jerusalén celeste, de la que Valencia era imagen en la pluma del militar. De hecho, al referirse al paso del río junto al borde de la capital, acaso subrayando sus ventajas como fortificación natural, el maestre de campo anotó “*fluminis impetus letificat civitatem Dei*”. La cita del salmista (Ps 46, 5) no podía ser más oportuna, pues el himno comienza proclamando que “Dios es nuestro refugio y fortaleza”, y, más adelante, que “nuestro baluarte es el Dios de Jacob” (Ps 46, 2; 5).⁹⁶ Aquella frase era una de las utilizadas por San Agustín para demostrar la existencia de la ciudad de Dios, “cuyos ciudadanos deseamos nosotros ser, movidos por el amor que nos inspiró su mismo Fundador”.⁹⁷ Valencia,

En cuanto al bastión del Esperón, también es de estos años, como revelan no sólo los testimonios gráficos citados en el texto, sino también la documentación, pues el 21 de marzo de 1546 se realizaron labores de encauzamiento del río “com passe junt per lo baluart de la torre del Speró y sglésia del Remey”, AMV, Sotsobreria de Murs i Valls, d³-125; es posible que se hiciera sólo de tierra, o quizá se le dio un revestimiento de ladrillos. Se renovó por completo en la época de los virreyes Mondéjar y Gonzaga (Cobos y de Castro, *loc. cit.*). Ocasionalmente se identifica con el baluarte del Mar; acabó incorporado a la Ciudadela (en uno de cuyos extremos quedó el torreón que atribuimos a Cervelló), que se acabó de demoler en este siglo.

⁹⁴ AMV, d³-124, el 24 de noviembre de 1545 “fos fet hun trespol de rajola y mortar en lo baluart del portal dels Juheus y aplanar la terra per obs de fer dita obra”.

⁹⁵ *Vd.* Alexander Tzonis y Liane Lefaivre, “El bastión como mentalidad”, en C. de Seta y J. Le Goff, *La ciudad y las murallas*. Madrid, 1991, p. 336. La Jerusalén celeste, en la visión de San Juan, tiene doce puertas, guardada cada una por sendos ángeles (Ap 21, 12); tal vez no sea casualidad que Guevara dibujara justamente doce baluartes en torno a su rotonda valentina.

⁹⁶ La traducción que ofrece la Biblia de Jerusalén del versículo citado por Guevara es tan poética que parece reflejar la sorpresa del poeta al encontrarse con un trasunto de la Jerusalén celeste: “¡Un río! Sus brazos recrean la ciudad de Dios, santifican la morada del Altísimo”.

⁹⁷ *La ciudad de Dios*, 2 vols. (ed. bilingüe de la B.A.C.), Madrid, t. I (5ª ed.), 2000, t. II (4ª ed.), 1988; t. I, p. 683; es interesante que la versión castellana del pasaje, en esta edición

equiparada por Guevara a la ciudad de Dios, gracias a la técnica moderna se constituía en fortaleza de la fe, baluarte de la Cristiandad frente al Turco, emblema, por tanto, de la política imperial.

Una política que, sin embargo, estaba en 1544 a punto de virar, abandonando la meta de Cruzada contra el Islam, para abocarse a nuevos fines. La identificación que, desde hacía dos decenios, se venía haciendo entre el discurso político de Carlos V y su entorno y la política defensiva del reino de Valencia se tambaleó entonces, y con ello los complejos proyectos de fortificación frente a los enemigos de la Fe, cayeron en un temporal olvido.

LOS MEMORIALES DEL LITORAL

Después de la temida ofensiva otomana de 1543-1544 la fortificación del reino entró en una fase de contradicción y desconcierto debido, fundamentalmente, al cambio de estrategia que se operó en la dirección del imperio desde 1545. Carlos V, deseoso de emprender la campaña contra los protestantes alemanes, decidió impulsar las negociaciones con Solimán, hasta el punto de alcanzar diversos acuerdos que imponían el cese de las hostilidades entre ambos. De acuerdo con ello, la guerra en el Mediterráneo debía suspenderse: la fortificación, teóricamente, estaría de más. Así, aunque la presión corsaria sobre la costa valenciana se mantuvo hasta bien entrado 1547, entre 1545 y 1550 la Corona no patrocinó ningún nuevo proyecto de fortificación. De hecho, aunque en plazas como Peñíscola se había consolidado la presencia permanente de artilleros a sueldo del rey, el duque de Calabria estimó oportuno desalojar la fortaleza de Benidorm y licenciar al capitán y a la guarnición; las reformas de las murallas de Villajoyosa quedaron, una vez más, pospuestas;⁹⁸ los trabajos en el castillo de Morella se dieron por concluidos en 1546,⁹⁹ sin acabarse de ejecutar el proyecto; y lo mismo en Peñíscola, donde, como hemos visto, quedaba un muro por terraplenar. Sin embargo, la voluntad del reino se manifestó con claridad en las Cortes de 1547. Con respecto a Peñíscola, los brazos solicitaron que la villa tuviese más artillería, y que fuese “más fortificada”, lo que sin duda aludía a la conclusión de las obras, y no como se ha interpretado, a que el estado general de la villa fuese “deficiente”.¹⁰⁰ Igualmente se pidió que se

de San Agustín, parece aplicarse todavía más a Valencia: “el correr de las acequias alegra la ciudad de Dios”, y más teniendo en cuenta que *laetificare* puede significar “fertilizar”. San Agustín bebe también del libro de Ezequiel, como amablemente me ha indicado A. Mestre.

⁹⁸ Lo que contrastaba con el deseo de los vecinos, idéntico al de otras localidades, de incrementar su parque artillero. Véase a este respecto la última parte de mi trabajo *La defensa del imperio...* cit.

⁹⁹ ARV, Maestre Racional, 9.199.

¹⁰⁰ Francisco Requena Amoraga, *La defensa de las costas valencianas en la época de los Austrias*. Alicante, 1997, p. 243.

fortificase la muralla de Villajoyosa y se reanudara la obra del castillo. Además, se reclamó la construcción de sendas torres atalayas en Cullera y Oropesa.¹⁰¹ La Corona, de acuerdo con su estrategia, prefirió desentenderse y remitió toda decisión al duque de Calabria. Sólo la reanudación de la guerra, con la brúscada ruptura de las treguas por el lado otomano, devolvió la fiebre proyectista al reino.

Dos consecuencias se desprendieron del estallido de la guerra. En primer lugar, la insistencia en la fortificación de determinados lugares. Ante todo, Cullera, que había sido la principal víctima de la razzia con la que el corsario Dragut pulverizó la tregua; pero también Villajoyosa, cuyas defensas inconclusas la seguían dejando en el amenazado estado de costumbre. Los informes enviados desde el reino sobre ambos lugares acabaron por dar su fruto y Carlos V apoyó vivamente su fortificación, encareciéndola al Gobierno de regencia español.¹⁰² En segundo lugar, la evidencia de la vulnerabilidad del litoral, después de años de actividad militar, impulsó diversas inspecciones, que llevaron a la elaboración de memoriales que tenían la finalidad de poner en conocimiento de la Corona la necesidad del reino de ser socorrido, subrayando los puntos que precisaban defensa, así como los criterios con que ésta debía organizarse; así poco a poco fue abriéndose paso la conveniencia de levantar una red de torres atalayas que facilitara la custodia de la costa.

El provisional virrey que sucedió al duque de Calabria (fallecido en octubre de 1550), el gobernador Joan Llorens de Vilarrasa, hizo uno de sus principales objetivos el lograr que la Corona tuviese pleno conocimiento de la situación del litoral valenciano. Durante los meses que duró su gestión, bombardeó al Gobierno de regencia con innumerables informes acerca de la costa, de los lugares amenazados y de las provisiones que estimaba convenientes. Esta actividad implicaba una previa inspección del litoral y una valoración del estado militar, en definitiva, de las obras y de lo hecho en el último cuarto de siglo. Todo ello se plasmó en diversos memoriales que se hicieron llegar al príncipe Felipe, regente de España. Uno de ellos fue elaborado por los tres brazos y el regente Vilarrasa, y hecho llegar a la Corte por medio del canónigo Miquel de Vich en septiembre de 1551. El siguiente tuvo la misma autoría, a requerimiento del propio don Felipe, y fue llevado a la Corte por Francesc March, racional de la capital del reino. Y uno más fue redactado con ocasión de una visita a la Corte española del maestre racional, Joan Jeroni Escrivà.¹⁰³ Constituyen el mayor esfuerzo de Vila-

¹⁰¹ Ricardo García Cárcel, *Cortes del reinado de Carlos I*, Valencia, 1972, pp. 191a-192a.

¹⁰² Como lo escribió desde Augsburgo el 23 de junio de 1551 al príncipe Felipe, *Corpus documental de Carlos V*, op. cit., t. III, pp. 325-356.

¹⁰³ AGS, Estado, Aragón, 307, f 276 (el del Maestre racional, sucesor del que participó en la fortificación de Peñíscola desde 1536. Joan Escrivà de Romani; publicado por A. Ba-

rrasa por reflejar las carencias del sistema defensivo valenciano, pero implican un fracaso de entrada, pues como se dice en uno de ellos, era menester la llegada de “un ingeniero plático de las fortificaciones que agora se hazen para que lo reconosca todo y traze todo lo que se huviere de hazer”.

Empezando de norte a sur, el memorial de March (el más completo de los tres), de enero de 1552, destaca dos fortalezas en la gobernación de Orihuela: Guardamar y Alicante. La primera, que guarda toda la huerta orcelitana, tiene pendiente la conclusión de un baluarte en la torre de Masquefà, acaso iniciado en las obras de 1543. Una vez concluido, estará en orden el lugar, y quitará la aguada que los corsarios hacen en la desembocadura del Segura. Con respecto a Alicante, se da a entender que está bien fortificada, pues resiste adecuadamente con su gente y artillería. De hecho, el memorial de Vich la había calificado de “muy fortalecida”.

Sobre Villajoyosa se anota que el castillo estaba a punto de concluirse, pero que la muralla seguía siendo la vieja. No obstante, ya se había planeado la construcción de un baluarte en el lado de la mar, y se hablaba de reforzar el muro desde ese lado hasta la iglesia. El maestre racional, como expuso al príncipe, había hecho la traza de la reforma de las murallas, pero eran necesarios, para concluir todo, nada menos que seis mil ducados. En cuanto a la vecina y abandonada fortaleza de Benidorm, los tres informes insistían en la urgencia de volverla a ocupar, de reparar sus muros y de acondicionar el interior, en lo que se deberían gastar mil quinientos ducados. Calpe tenía la misma necesidad de reparar sus murallas. Pero lo más significativo era que el memorial presentado por March subrayaba la conveniencia de levantar cuatro torres para atalayas en el escarpado litoral que media entre Benidorm y Calpe. Era la constatación de que uno de los principales defectos de la defensa costera era el insuficiente sistema de avisos, de base municipal y mal financiado: la supervisión del sistema por los estamentos y el virrey, como se apunta en esta sugerencia, es la clave del nuevo espíritu de defensa del litoral.

Siguiendo con el recorrido, se llegaba a la villa de Jávea, cuyas defensas eran absolutamente insuficientes. Pero los habitantes, en caso de ataque, se podían refugiar en la vecina Denia, que contaba con un “castillo bueno”. de acuerdo con el informe de March, lo que era tanto como aprobar las reformas impulsadas por los marqueses. En parecidos términos se aludía a Oliva y Gandía, de cuyos señores se esperaba que tuviesen sus capitales a buen recaudo: como se apuntó en el memorial que llevó Vich, “las villas de Gandía y Oliva (...) el duque y el conde, señores dellas, entienden

nyuls i Pérez, J. V. Boira i Maiques, J. A. Lluésma i Espanya, *Arquitectura i control del territori. La defensa del litoral de la Marina Alta al segle XVI*, Benisa, 1996, pp. 60-62), f 341 (el de Vich) y 311, f 34 (el de March).

en fortificar y defender como deven, y están bien en orden". En cuanto a la delicada situación de Cullera, se insistía en la urgencia de fortificarla; pese a ello se esperaba al ingeniero. No obstante, el maestre racional levantó una traza, y estimó su coste en cuatro mil ducados.¹⁰⁴

Para la otra parte del reino, del castillo de Murviedro no se anotaba nada, pues se esperaba a la opinión del ingeniero para que resolviese los arduos problemas que planteaba su fortificación. Almenara ofrecía un aspecto lastimoso, con su vieja y flaca muralla. En cuanto a Nules, Vilarrosa y los representantes estamentales valoraron muy positivamente los gastos hechos por el conde de Oliva, al indicar que la villa "tiene buena muralla y está a buen recaudo". Aún fueron más entusiastas al hablar de Villarreal, que, según ellos, "tiene arto buena muralla y baluartes y razonable artillería para deffenderse". De Burriana también decían que tenía "buena muralla", pero el juicio sobre Castellón reflejaba lo incompleto de las reformas llevadas a cabo, pues aunque había ya "algunos baluartes", la muralla seguía siendo "royn" y tenía "necessidad de fortificarse".

La torre de Oropesa, como era de esperar, se calificaba de "muy fuerte". Y en Peñíscola, aunque faltaba artillería y todavía estaba pendiente "adobar un paño de muralla" (según el informe de March), Escrivà subrayó que estaba "muy bien fortificada", y el memorial de Vich insistía en las obras ordenadas por el Emperador: la plaza estaba "fortíssima, según es notorio y parese aún por las muchas provisiones que por Su Magestad se an mandado hazer por fortificación e defensión della". Por el contrario, Vinaroz y Benicarló tenían endebles muros. Finalmente, el maestre racional recomendaba acabar con la fortificación del castillo de su cargo, el de Morella.

De ambos informes se desprende que la valoración hecha en Valencia de las obras emprendidas durante el reinado de Carlos V no era excesivamente negativa. Antes al contrario, muchas de las plazas, y especialmente Peñíscola, Oropesa y Alicante, se consideraban en excelente estado. Otras, como Guardamar, Villajoyosa, Cullera o Castellón, tenían las obras empezadas o proyectadas, y, aunque aún se precisaban fuertes inversiones, el problema de su defensa estaba en vías de solucionarse; incluso, en general, los lugares de señorío estaban bien protegidos. Sólo el estado de unas pocas plazas era francamente negativo, como en los casos de Almenara o Jávea. Este estado de opinión en torno a la fortificación del reino, en particular de

¹⁰⁴ Como decía el informe de Alvarado de 1525, el muro de la villa estaba tan embebido por construcciones, que la situación era de extremo peligro; el Emperador, a tenor de los informes recibidos, decía que, sin concluirse la fortificación en 1551, la villa quedaba "tan abierta que qualquier pequeña armada la podría infestar" (*Corpus documental...*, op. cit., t. III, p. 325, Carlos V al príncipe Felipe, Augsburgo, 23 de junio de 1551); en la práctica, pues, Cullera carecía de murallas.

la costa, compartido por la administración virreinal y por los estamentos, acabaría alcanzando el centro de la política militar valenciana. La apuesta por la defensa a base de sólidas fortificaciones y de la custodia desde fuertes torres atalayas, confirmada en las Cortes de 1552, aunque no tenía a excluir otros medios de defensa, reflejaba la valoración positiva del efecto que las obras de fortificación tenían para la seguridad del reino. La política constructiva llevada a cabo durante el reinado de Carlos V, que, en realidad, había sido el único terreno de acuerdo posible (habiendo fallado los proyectos de crear un ejército y una armada regulares), fue hecha propia por los estamentos, que la defendieron con uñas y dientes.¹⁰⁵

Y sin embargo, los ingenieros y expertos militares que visitaron el reino de Valencia en tiempos de Felipe II encontraron lamentable el estado de sus fortificaciones. Tanto Gian Battista Antonelli como Vespasiano Gonzaga, en sus respectivas visitas del litoral juzgaron insuficiente la labor realizada en tiempos del Emperador. Defendiendo las más modernas técnicas de fortificación y, en particular, las formas angulares para los baluartes, menospreciaron con juicios lapidarios los trabajos emprendidos en plazas como Peñíscola o Alicante.¹⁰⁶ De la primera escribió Antonelli que se había construido "un cubo casi que redondo y unas paredes, pero no bien entendido, sino con mucha grosseza de muralla"; y de Alicante anotó Gonzaga que "aunque está cercado de cerca nueva, es de cubos redondos, con almenas, y más parece que sirven de hornato que a necessidad".¹⁰⁷ Ahora bien, la retórica persuasiva es indisociable de los discursos de los ingenieros y arquitectos militares del Renacimiento: la persuasión dirigida a que el príncipe acepte las audaces (y caras) propuestas del experto pasaba inexcusablemente

¹⁰⁵ En este sentido, la adopción de las nuevas técnicas, con sus elevadas inversiones y sus secuelas fiscales y administrativas no había desembocado, como pretende una de las interpretaciones sobre la Revolución militar, en la inviabilidad del sistema político estamental o el refuerzo del absolutismo, aunque sí supuso mayores cotas de centralización (no sólo copadas por el poder real). El caso de Mantua y Monferrato, analizado por T. F. Arnold, es sugerente, pues demuestra que la adopción de la fortificación abaluartada no supuso la quiebra del estado ducal, como lo había supuesto para la república de Siena ("Fortifications and the Military Revolution. The Gonzaga Experience, 1530-1630", en C. Rogers, ed., *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*, Cambridge, 1995). Salvando las distancias, en Valencia la apuesta por la renovación de las fortificaciones no anuló el poder de los estamentos.

¹⁰⁶ Véase la impresión general que se desprende de los informes de ambos en trabajos como los de S. García Martínez, *Bandolers, corsaris i moriscos*, Valencia, 1980, J. V. Boira Maiques, "Geografia i control del territori. El concixement i la defensa del litoral valencià al segle XVI: l'enginyer Joan Baptista Antonelli", en *Cuadernos de Geografía*, LII (1992), pp. 183-199, F. Requena Amoraga, *La defensa de las costas...*, op. cit., o la tesis doctoral de M. P. Belchí Navarro, *Felipe II y el reino de Valencia (1567-1578). La tecnificación del virreinato*, Universitat de València, 2000, pp. 417-428.

¹⁰⁷ Citados por Boira, "Geografia i control del territori...", p. 187, y García Martínez, *Bandolers, corsaris...*, p. 126.

sablemente por la crítica de lo anterior.¹⁰⁸ De hecho, Gonzaga no se recató a la hora de atacar, implacable, los proyectos y las realizaciones de Antonelli o Fratino.¹⁰⁹

* * *

Veinte años después del histórico plano de Valencia trazado por Pedro de Guevara, el notario de Burriana Martí de Viciano, que había intervenido activamente en la fortificación de su villa natal,¹¹⁰ en el tercer libro de su *Crónica de la inclita y coronada ciudad de Valencia y de su reino*, incluyó una serie de grabados que representaban a las ciudades y villas reales. Alicante, Castellón, Villarreal, Onda, Burriana o Villajoyosa, entre otras, aparecen dibujadas con pocos y sencillos trazos, de aparente ingenuidad, pero que no pueden estar más cargados de sentido. En efecto, el cronista y notario burrianense escogió con todo cuidado el modelo de representación que quería. El aspecto general de las poblaciones, erizadas de torrecillas, símbolos de poder y solemnidad, y rodeadas por una corona de murallas, recordaba las imágenes tradicionales de las ciudades, trasuntos de la imagen bíblica de la Jerusalén celeste.¹¹¹ Pero, al mismo tiempo, Viciano no quiso desproveer sus grabados de significado geométrico, y en una falseada perspectiva plasmó las ciudades en su forma simple: Onda y Burriana como círculos, Castellón y Villarreal como cuadrados, o Villajoyosa como un triángulo. El cronista, que debió conocer los proyectos de Cervelló y Guevara, no vaciló en buscar la simbología geométrica para dibujar sus fortalezas cristianas, sus pequeñas jerusalenes, bien fortificadas. La imagen completaba un texto en el que se subrayaban las bondades de la nueva fortificación, casi toda ella correspondiente al reinado de Carlos V, sin olvidar la alusión a su coste.¹¹² Ferviente admirador del Emperador,¹¹³ Viciano de-

¹⁰⁸ L. Dufour, "Ciudades y fortificaciones en la Sicilia del siglo XVI", en *La ciudad y las murallas*, op. cit., p. 128.

¹⁰⁹ García Martínez, *Bandoleros, corsaris...*, pp. 59-60, A. Sánchez-Gijón, *Defensa de costas en el reino de Valencia*, Valencia, 1996, pp. 112-114.

¹¹⁰ *Vd.* ACA, Consejo de Aragón, 163, f 76v: firma la certificación del libro, que probablemente también elaboró él, de gastos efectuados en las murallas de Burriana.

¹¹¹ Sobre este aspecto, *vd.* B. Roock, "Jerusalén celestial y espíritu geométrico. Sobre la iconografía y sobre la historia social de las murallas urbanas con el ejemplo de Augsburgo", en *La ciudad y las murallas...*, op. cit.

¹¹² De las menciones aparentemente neutras, como las ya citadas o la referente a la construcción de la nueva muralla de Cullera ("los de Cullera, por quitarse destos peligros y daños, en el mes de setiembre año MDLIII, començaron de labrar el muro de cal y canto, con siete torreones y CXXXV braçadas de contorno. Y a IX de febrero, año MDLVI fue acabada de labrar, con gasto de más de once mil ducados", *Crónica...*, t. III, pp. 370b-371a), se pasa a las más claramente apologéticas, como en el caso de Villajoyosa ("este pueblo está assentado a la lengua del agua, y bien fortalecido de muro, torreones y baluartes, con muchas picças de

terrefia y justificaba los trabajos de fortificación hechos en su reinado,¹¹⁴ precisamente en un momento en que eran puestos en cuestión.

En efecto, cuando el notario de Burriana escribía su crónica, visitó el reino el famoso ingeniero italiano Gian Battista Antonelli. Como es bien sabido, elaboró multitud de informes acerca de la fortificación de la costa y otros lugares estratégicos del reino. Precisamente, en las Cortes de 1563 Felipe II presentó a los brazos un proyecto del italiano para fortificar el litoral. La respuesta de los brazos es célebre: alegaron que no valían (es decir, rentaban) tanto los lugares que se proponía fortificar, como costaba el proyecto. De modo que rogaron al Rey que fuese sobreseído. Y así fue.¹¹⁵ Pero el asunto tuvo que despertar una gran polémica. Viciano, asiduo participante en las reuniones de las Cortes, tuvo que saber del proyecto y de las objeciones de los círculos estamentales. Vistas desde esa perspectiva, las alusiones a las infraestructuras defensivas que salpican su crónica, tanto en grabados, como en texto escrito, adquieren un marcado sentido político. Martí de Viciano encontraba mucho más que aceptables las murallas y defensas de los lugares del litoral, lo que contrastaba con las críticas de Antonelli, y acaso se dirigía directamente contra éstas. De hecho, las mismas Cortes habían encontrado que la fortificación aprobada en 1552 resultaba "molt convenient y necessària".¹¹⁶

A través de su crónica, conscientemente dirigida a presentar al mundo el reino de Valencia, Viciano realizó la mejor apología de los proyectos y obras de fortificación impulsados en el territorio valenciano por Carlos V y

artillería y municiones necesarias para ella, porque los que gobiernan la tierra su principal intento tienen siempre en la fortificación de la tierra, y así dentro XVII años han gastado en los reparos de la villa más de XVII mil ducados", *ib.*, p. 369a-b) y, sobre todo, Alicante (en cuya fortificación, escribe Viciano, "de doze años a esta parte han gastado en el muro que hizieron a la mar y baluartes más de cinquenta mil ducados, que esto ha sido la redempción de la tierra", *ib.*, p. 355a). Refiriéndose a los proyectos de fortificación L. Dufour ha subrayado "la relación íntima que existe en el siglo XVI entre el discurso escrito y el discurso en imágenes, relación a menudo demasiado olvidada, que es fundamental para darle total sentido a un proyecto que el plano, por sí solo, no puede transmitir", en "Ciudades y fortificaciones...", cit., p. 128. En el mismo sentido creemos que se complementan grabados y texto en la crónica de Viciano.

¹¹³ Tal y como pone de manifiesto S. García Martínez en el "Estudio preliminar" de la edición citada de la *Crónica*, t. I, p. 63.

¹¹⁴ Y particularmente las realizaciones del virreinato del duque de Maqueda, a caballo de los reinados de Carlos V y Felipe II, al indicar el "grande beneficio" que había resultado de las torres que entonces se edificaron (*Crónica...*, t. II, p. 100b; el cronista remite al libro primero de su obra, hoy perdido, donde había tratado ampliamente de dichas torres y de sus benéficos efectos).

¹¹⁵ E. Salvador Esteban, *Cortes valencianas del reinado de Felipe II*, Valencia, 1973, pp. 41b-42a.

¹¹⁶ *Ib.*, p. 52a.

sus ministros. Los famosos grabados y el laudatorio texto que los acompaña, fijaron para la posteridad la imagen clásica de las villas y ciudades valencianas en el Renacimiento. Y la clave de esa imagen no es otra que el ideal de Cruzada, con el que Carlos V quiso dar sentido a su imperio, baluarte de la Cristiandad frente al Islam.